

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

Editorial. — J. Muñoz Congost: Palabras de ayer, problemas de hoy. — Vladimir Muñoz: Releyendo a Pedro José Proudhon. — Vida y pasión de Emiliano Zapata. — Miguel Talocha: El tiempo en fichas. — Fosco Falaschi: Nuestra batalla. — Angel J. Capelletti: Clericalismo y militarismo en Argentina. — Campio Carpio: Este universo emocional. — T. Cano Ruiz: Los españoles del llanto. — M. Celma: Palabras y frases. — Arnold Royer: Páginas de la historia del Proletariado español, 1848-1907 (folletón encuadernable).

191

Noviembre - Diciembre 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



NUESTRA PORTADA

« EL NIÑO Y EL CISNE »

Escultura de ritmo a la vez clásico y moderno, en ella se afirma el genio de J. Amaya, llamado el escultor de la infancia.

Toda la obra de este artista está dedicada a recoger gestos, actitudes, expresiones de los niños. Juegos, danzas, semblantes, en todas las obras de Amaya el niño es rey y la gracia del cuerpo infantil, de líneas puras y suaves, es cantada a cada instante.

Pocos escultores españoles lograron una tal maestría en el análisis y desarrollo del arte de la escultura, aplicada a plasmar en figuras de mármol lo que de mejor y de más conmovedor tiene la vida humana. Rompiendo además los moldes tradicionales, sus obras reúnen la audacia a la simplicidad. Conseguir, sin aparente esfuerzo, una tal sensación de realidad y de gracia, es en efecto el don de un gran artista. Conseguirlo con medios sencillos, sin complicación aparente, pero con enorme fuerza sugeridora, es el difícil juego en el que Amaya gana en toda la línea.

A través de este escultor, el arte escultural español puede hoy equipararse con la producción de los más grandes. Y ninguno, como Amaya, fue más lejos en la glosa e interpretación del mundo misterioso de los niños.

Conseguir, a través de la escultura, transmitir el mensaje secreto de tantos rostros y cuerpos infantiles, la expresión de su alegría, el himno a la belleza y a la vida que representa un cuerpecito nervioso y sano, solo un gran escultor podía obtenerlo por los procedimientos directos y en apariencia simples de que se vale Amaya.

Saludamos en este escultor la realidad de un arte escultórico español, que no terminó en Llimona, en Macho ni en Benlliure.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esглеas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte, José Viadiú, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Noviembre - Diciembre de 1969

N.º 191

EDITORIAL

¿Ofensiva contra el anarquismo?

LOS recientes acontecimientos de Italia y la represión desencadenada con motivo de la explosión de la bomba depositada en la sala de la Banca de la Agricultura de Milán, han dado pie al desencadenamiento de una ofensiva contra el anarquismo, iniciada en Italia, con gran orquestación de la prensa de derecha y la «izquierda» comunista, amenazando convertirse internacionalmente en otra caza de brujas como la que se conoció mundialmente a últimos del siglo pasado contra el anarquismo en todos los países. Como cada día han aparecido las cosas más confusas y como la policía ha debido hacer marcha atrás en su plan diabólico dirigido contra las izquierdas y particularmente contra los anarquistas, la prensa, siempre servil y venal, ha amainado en sus insinuaciones y en sus calumnias.

Pero todo ello evidencia la voluntad, por parte de ciertas fuerzas de derecha y de izquierda, de hacer cuanto esté a su alcance por desacreditar al anarquismo a los ojos de la opinión pública y sobre todo de la juventud de todos los países. El anarquismo es el movimiento social y filosófico que aparece como el enemigo número uno para cuantos han hecho de la explotación de sus semejantes o de la «administración» de la vida y la libertad de todos, su finalidad y su profesión. Y en esa defensa de intereses vinculados al «statu quo» presente, se reencuentran todos, empezando por los fascistas y acabando por los comunistas. De ahí la singular coincidencia en el ataque e incluso en el léxico empleado para atacarnos, calumniarnos y desacreditarnos.

Por fortuna, la verdad acaba por imponerse. Y la burda trama de Milán ha dejado ver sus hilos secretos. Como en todo crimen, lo primero que debe buscarse es a quien beneficia el delito. El no puede beneficiar en nada al anarquismo. En cambio, beneficia a las derechas, a los demo-cristianos; en última instancia, a los comunistas, ya que les sirve de pretexto para atacar a los «izquierdistas» en su conjunto y de una manera particular a los anarquistas, sus enemigos históricos, su eterna bestia negra.

Debemos estar atentos a todas las maniobras y no prestarnos a ninguna. Ya que Milán e Italia no son más que el comienzo de un período muy difícil, en el que los anarquistas, puestos otra vez «de moda», arriesgan verse sometidos a rudas pruebas. No hay que perder la serenidad en ningún momento ni en ninguna circunstancia.

**A través del pensamiento
de Giner de los Ríos**

Palabras de ayer, problemas de hoy

«Las minarías se harán mayorías; las fuerzas que hoy pugnan por andar adelante se tornarán freno y contrapeso para los nuevas energías que suscita la renovación perenne de las cosas; y gracias si no se petrifican, no por ley invencible, sino por la parálisis morbosa del llamado desenvolvimiento nacional.»

Expresaba así, Giner de los Ríos, en 1889 su esperanza en la ley irreversible del progreso, en el empuje permanente de las generaciones, obrando bajo el peso de todas las tradiciones, dogmas e intereses que encerraban la formación de esas generaciones en: cuadro limitado.

«Porque una nación que mantiene universidades como las nuestras, destinadas por ministerio de ley a repetir el catecismo de los malhadados exámenes..., no puede tener otra política, ni otra ciencia, ni otra magistratura, ni otro clero, ni otra milicia, ni otra agricultura, ni otra industria ni otros alcaldes, ni otros ingenieros, ni otro comercio, ni otra hacienda, ni otro profesorado, ni otra marina, ni otra policía, ni otra administración que los que tiene, y gracias...»

Las palabras de ayer suenan como volutar de campanas que en todos los tiempos lanzaron a todos los vientos repique de verdades. Pensamientos de antaño que aplicados a la realidad de las cosas de hoy, vienen a demostrarnos cuán poco hemos avanzado en la progresión de los auténticos valores humanos, a la zaga, lenta y titubeante del progreso de las ciencias y sus aplicaciones técnicas.

Porque éste sirve a la realización, a la plasmación del poder de unas oligarquías que necesitan para afirmarse de la fuerza de sus posibilidades y de la negación permanente del hombre; aquél, modesto, menos positivo, de menor peso financiero, pero de afirmación de la personalidad del ser humano, puede representar crítica primero, y amenaza después para las bases del edifi-

por J. Muñoz Congost

cio social, que a través de esa ciencia y por el aprovechamiento abusivo y unilateral de las técnicas, se construye en beneficio de unos y pocos.

Comprendió claramente aquel filósofo español de ha un siglo, que si la idea de una educación independiente de tutelajes encontraba obstáculos en su marcha, éstos estaban colocados por la acción de retención que ejercen las fuerzas establecidas en la cumbre de la injusta pirámide social.

Desde la infancia se deformaba como se deforma hoy la conciencia del niño.

Otro maestro español, Bartolomé Cossío, decía por aquellas fechas:

«Es preciso un absoluto respeto al niño sin la profana anticipación de los odios y discordias; cuidar de no proclamar su amor abierto a todos y no anticiparle juicios que no puede construir.»

No podía decirse mejor lo que no debe hacerse en materia de educación, para que se siguiera

haciendo, para que se siga impregnando en las almas infantiles, con el pretexto de «civismos», «patriotismos», «respeto a la autoridad» y otros conceptos, todos los gérmenes de odios y discordias límites que los «mayores» les escolares de historia se encuentran llenos.

A la exposición de cien virtudes que se piden al niño y al joven, el contraste mancillante de los vicios sociales, de los abusos oficiales y de las aberraciones humanas que consagradas diariamente por la autoridad, legisladas y admitidas por cobarde costumbre, chocan en aquél que despierta a estas realidades con ruptura de ilusiones.

¿Es pues de extrañar la explosión violenta de los odios sembrados, en revuelta quizá desorientada, pero noble, que expresó y expresa la juventud periódicamente, queriendo romper el cerco de restricciones, ideas formadas, e hipocresías que se le imponen?

Toda la falsía, que se encierra en la formación de nuevas generaciones, pretendida educación que es adaptación de hombres en formación a un medio deformado cuya perennidad se persigue, ha de chocar con las fuerzas del renuevo, de la protesta.

Y ante ese choque claman todas las Iglesias políticas o religiosas al sacrilegio, a la incompreensión y a la ingratitud del «beneficiario» que rechaza esa limosna, que como don de porvenir se le ofrece.

Los mismos forjadores de la catástrofe, los creadores de barreras, los defensores de las jerarquías sociales, conscientes de la inmensidad de su absurdo abuso

sobre la mayoría de los seres, apelan a la clemencia de sus jueces, a la sobriedad represiva de sus agentes de la coacción, tienen la pieza de cobre al mendigo para dar cierta impresión de posibilidad a la convivencia imposible.

«La beneficencia llama a su seno al niño abandonado que un día pedirá de palabra o de obra estrecha cuenta a quienes le desamparan hoy en la vida pública para arrogarse mañana el derecho de tratarle como bestia salvaje.

»Al delincuente contra el cual enciende y atiza los odios de una psicología ignorante, última defensa de las instituciones más bárbaras de la organización criminal: la pena de muerte y las prisiones en común.»

»Esa desventurada mujer cuyo oficio vil ha elevado la sabiduría administrativa de nuestra edad al rango de profesión reglamentada, sometida a tributo y garantizada con el diploma y sello del Estado.» — **F. G. de los Ríos.**

Y los aún recientes hechos sociales que en todos los horizontes han removido las bases de la sociedad han mostrado que las generaciones que desembocan en la vida societaria, quieren rebasar los límites que los «mayores» les trazaron. No reconocen a nadie el título de mentores que a nadie piden, confirmando así con esta actitud que ese fenómeno no es, como algunos creyeron, propio y exclusivo de nuestra época sino periódica revulsión en la marcha lenta y trabada de la evolución, que de vez en cuando sacude las cadenas de la mediocridad con que pretenden atarle todas las tradiciones.

Las reivindicaciones, hoy, de una juventud universitaria, que los conservadores de todo género encuentran exageradas, fomento de desorden y resultado de forjadas conspiraciones de fondo oscuro, ¿qué tienen de nuevo si recordamos aquellas que planteaba la Institución Libre de Enseñanza hace ocho décadas?

Transformad las antiguas aulas, suprimid el estrado y la cátedra del maestro, barrera de

hielo que lo aísla y hace imposible toda intimidad con el discípulo; suspended el banco, la grada, el anfiteatro, símbolos perdurables de la universidad y del tedio.

»Sustituíd en torno del profesor todos esos elementos clásicos, un círculo poco numeroso de escolares activos que piensan, hablan, discuten, se remueven, están vivos y cuya fantasía se ennoblece con la idea de una colaboración en la obra del maestro..., porque sienten que ya son algo en el mundo y que no es pecado tener individualidad y ser hombre..., porque en todos los periodos de su vida el hombre ha de ser hombre, sin declinar un punto de su naturaleza ni de la integridad de sus relaciones cardinales...»

Esperaba mucho de las nuevas generaciones y comprendía que en éstas el análisis de los hechos, el examen de las realidades vivas y su discordancia con las ilusiones que despertaron las eternas promesas, había de gestar todos los desencantos y forjar todas las rebeldías.

En ese desencanto de los hombres sinceros veía el germen de nuevas esperanzas. Como lo vemos hoy. Y como afirmaba la necesidad de esa educación que forjando libres conciencias diese la verdadera dimensión al hombre, de la misma manera, hoy, quienes no infeodaron el porvenir a ningún clan político, a ninguna idea de hegemonía más o menos demagógica; quienes no conciben ni aun la abdicación mínima de la personalidad en favor de pretendidas élites, afirmamos que esa educación puede y debe abrir nuevos horizontes.

Cuando esas rebeldías, conscientes del error por «defecto» en que se vive, conscientes del «exceso» de absurdo de la injusticia y del abuso legislados, sepan ser conscientes de las posibilidades de ruptura con todo, podrá comenzar la construcción de nueva sociedad, construcción íntegramente nueva, sobre la nada, partiendo del cero que habrá de dejar como sola herencia la revuelta destructora.

«¿Quién podrá extrañar que la

irrefragable necesidad de una transformación íntima y profunda de todos los órdenes sociales y la nulidad patente de los tópicos en uso, remueva en sus entrañas a la joven generación, empuje fuera de los caminos trillados a todas las inteligencias pensadoras y a todos los corazones fervientes... y no deje, para renovar y sostener la vulgar falange de los glorificadores de nuestro tiempo, más que a los tibios, a los ignorantes, los apocados, a todo el lastre en fin, de las nulidades y medianías?

»Triste espectáculo el que halla ante sus ojos la juventud. ¡Y aún hay quien se atreve a exigirle en nombre del orden social, es decir, este orden social, que por lo menos deje en paz a la injusticia y al crimen cuando no que siga en desbordada corriente.»

La vibración rebelde de la juventud de nuestros días: su acción, cubriendo la sociedad con su propio barro, en la ciénaga en que esta se encuentra, no queriendo salir de ella, para en ella mantenernos, es fase de un eterno combate. Esa juventud, es como decía el maestro al que nos referimos, la fuerza secreta de un porvenir que no puede abdicar, y que ayer como hoy, en ese empuje desbordante de concepciones que siempre parecen nuevas, por ser eternamente humanas, sabe que tiene una misión: salvarse del abismo, salir del pozo, saltar el precipicio de todas las mediocridades, de los acomodamientos, de las consentidas servidumbres. No puede sentirse solidaria de cuanto encuentra moldeado por manos extrañas y no espontáneo, con cuanto sabe que es creado por y para reafirmar lo irrefragable.

Disociación completa, pero no entre dos mundos y menos entre dos generaciones. Que no se pretenda presentarnos el conflicto como tradicional encuentro de éstas. Seamos sinceros con nosotros mismos: las promesas, las ilusiones creadas, son calma inexistente para quienes preparados a ellas se encuentran al abrir las puertas del avatar diario con la mentira inmensa, la hipocresía de los «principios» y su contradicción con las realidades.

Giner de los Ríos, hacía la misma comprobación:

«Ha afirmado principios en la legislación y violado esos principios en la práctica, ha proclamado la libertad y erigido en ley universal el privilegio, ha pedido lealtad y vive en el perjurio, ha abominado de todas las vetustas iniquidades y solo de ellas se alimenta...»

«... Ante el espectáculo de tanta frustrada tentativa en que se consume la juventud de ayer en medio de su decaimiento y del decaimiento general de los ánimos; sintiendo la radical impotencia de toda esta medicina empírica para sanear la sociedad y el Estado, hostigada por las angustias sociales, llama con imperio, atormentada, impaciente, la juventud de hoy a las puertas del Poder que piden para sí con apremiante altanería. No hay tregua entre ellos y los partidos gobernantes...»

«... Mal puede satisfacerse a esa juventud que libre de la inocente ceguera del hábito siente vivo aún en su fantasía el divino estímulo de las ideas, a cuya luz contempla asombrado esa apoteosis del «statu quo»...

El pensamiento de Giner de los Ríos, no era precursor de realidades. Era reflejo de una inquietud, de un malestar y de una convicción profunda del origen de los males. Tampoco es coincidencia que en gran parte pueda considerarse ese pensamiento como actual y respondiendo a otros males de otro siglo.

Los siglos pueden sucederse, los males siguen siendo los mismos. Repetiremos que la actualidad de un viejo pensamiento y una vieja estampa de las lacras sociales demuestra únicamente cuán poco anduvo la humanidad en este orden de cosas.

La evolución de las técnicas ha realizado quizá una enorme progresión en la conquista de las comodidades materiales, pero ninguna, en aquella de las comodidades morales, de la ética humana, que tiende a colocar al hombre en ese equilibrio de sus relaciones con la sociedad, que hoy se le niega. El hombre dependió siempre de la sociedad y hoy se le añade un señor más. Esclavo

de las convenciones que estableciera una moral hipócrita y un sistema clasista, con humillaciones sugeridas por inspiraciones «divinas», se quiere a través del veloz precipitarse de las técnicas, hacerle además esclavo de la máquina, encerrado en la más estrecha prisión de convenciones y dependencias en que jamás viviera.

Es el mismo problema. El mismo escenario. La misma crisis. Avanzar por encima de diques o estancarse entre barreras. Y la juventud no quería, ni quiere, ni querrá mañana, sentirse encerrada entre disposiciones en que no intervino, y que se le impusieron.

«Los mejores presienten bien sin comprenderlo que no es su destino consolidar y explotar la injusticia, sino arrancarla de cuajo. Huyen avergonzados del miserable consejo a que se les incita y lánzanse a la lucha, ley inexorable para el bueno en estos tiempos crueles»...

«... Todos los lamentos aun los más pueriles, todas las maldiciones, aún las más inhumanas, hallan en sus almas un eco de simpatía...» «... En la política desdeñan a cuantos les ofrecen coronar con prudentes reformas el sistema del liberalismo y no otorgan su benevolencia sino a aquellos que juran destruir en sus cimientos el Estado contemporáneo.»

Y añadía a esto el Maestro, al referirse a las proyecciones prácticas de esta actitud:

«Les urge tanto lanzarse a la corriente que no pueden detenerse en reflexionar como han de hacerlo...»

Es la gran incógnita de los tiempos presentes como fue la de ayer.

En la historia de la humanidad, el hombre se buscó siempre a sí mismo. Ni ser esclavo, ni hacer esclavos. En la busca permanente del equilibrio, de la síntesis que evite las dependencias, hubo una fuerza motriz y una rémora permanentes. Buscar los orígenes en la persona o las personas de quien o quienes quisieran: ser pastores vitalicios y hereditarios del «rebaño humano» sería ahogarnos en el mar lormenoso de los errores engendrados

por todas las políticas. Sea quien fuere el que se haga entronizar, el problema, con matices algo diferentes, persistirá agravándose y atenuándose alternativamente.

En esa lucha por encontrar sus justas dimensiones, no son siempre los hombres «usados» los que pueden escapar a través de las alambradas establecidas por la normalidad ambiental. Están, se encuentran, en la generalidad de los casos, atados al carro de lo establecido. Y antes de atarse a él, es natural que la juventud rehuya el hacerlo. Que pueda o no, que lo consiga o que fracase, dependerá de la propia conciencia adquirida, del valor de las conquistas internas en tanto que hombre.

«El primer deber y el primer placer de cada hombre para consigo mismo es el de ser hombre, lo cual implica como toda fórmula de aparente simplicidad, muchas cosas bastante complejas, objetivas y subjetivas, o más bien que por un lado son subjetivas y objetivas por otro pues es tan inútil buscar esto sin aquello, como buscar un cuerpo que no dé sombra...»

«... Pero hay dos modos de huir del «filisteo». Uno es el «echar melena», esto es, cultivar la extravagancia, el no conformismo en la corteza material y aparente a ver si acaso disimula una vida insignificante y vacía. La otra, cavar y más cavar, ir tras el fondo hasta dar con la entraña de las cosas sin avergonzarse por esto de comer y beber (cuando es posible), de andar con los pies y ver por los ojos como el más prosaico burgués...»

No busquemos pues paralelismos entre las ideas del que fue actor decidido de las fuerzas vivas de la renovación social de las masas españolas, y el pensamiento actual. Hay, más que un paralelismo, una coincidencia natural que proviene del hecho de que siendo las causas las mismas, idénticas, no hay razón para que los conflictos que de ellas derivan como consecuencia, no se presenten de la misma manera.

Insistió Giner de los Ríos, en su acción propagandística, sobre todo, en el aspecto educativo ne-

cesario para arrancar al país de los surcos profundos del barrizal en que se encontraba enfangada la sociedad de su época. Su crítica sincera no se embarazó con fórmulas disimuladoras de la verdad:

«La escuela ahoga en la cuna la libre espontaneidad de su espíritu, la ingénua alegría de su corazón y la originalidad de su carácter estampando dogmáticamente en su entendimiento nociones y palabras sin sentido para él, sin relación con sus hábitos y estado y modelando a viva fuerza su conducta en el troquel de la rutina arbitraria.»

«Al proseguir su educación ha visto estrecharse más y más su horizonte y apagarse en la indiferencia de los que le rodean, cuando no bajo el peso de su coherencia, cada relámpago de luz con que la razón ha intentado protestar en todas las crisis de su vida...»

Para vencer las vacilaciones que una educación defectuosa, mal dirigida e intencionadamente deformada puede crear en las conciencias, que sienten la repulsa y viven el combate entre ésta

y su adaptación, entre las ilusiones y la influencia del medio que les rodea comenzando por el familiar, es preciso una acción educadora intensiva, revulsiva, destructora de los viejos valores.

Y explica y justifica las vacilaciones, cogida la juventud entre fuerzas contradictorias cuando dice:

«La juventud vacila, no siempre cae... ellos saben que asisten al ocaso de una civilización; entre sus dudas y vacilaciones jamás esta idea les abandona junto con el instinto de lo porvenir, al cual vuelven para regenerarse cada vez que rendidos por la fatiga y cediendo al mal ejemplo decaen del bien entre el aplauso de sus progenitores.»

El instinto de lo porvenir, el sentimiento de un mundo mejor, la convicción de su posibilidad.

Aunque no podemos decir que en el pensamiento de G. de los Ríos, este convencimiento tomaba formas de carácter revolucionario en toda la extensión del concepto, se desprende de sus escritos la inquietud que le llevaba hacia una luz que aun no admitida oficialmente, obraba en su

conciencia cuando hablando del valor de las ideas de libertad, decía:

«... Y anarquistas agresivos como Grave, mesurados como Reclus, eruditos como Kropotkin, místicos como Tolstoi, filósofos como Stirner y Wille, ven en aquellos fines el término hacia el que gravitan los mundos, lo más selecto y refinado de nuestro trabajo donde la vida, una vez satisfechas sus necesidades más imperiosas que son las más rudas, se eleva a mayor dignidad y nobleza...»

Ideas de ayer, ideas de siempre. La crisis de la humanidad presenta después de tantas décadas, los mismos perfiles, los mismos trazos. Prueba, repetimos, de marcha lentísima. De que el juego de todas las políticas; de la evolución en el marco de los Estados, da bien poco, cuando del hombre mismo se trata.

Y el problema es el hombre, sin límites, sin coacciones, sin constricciones, el hombre, base social y no rodaje de un conjunto estructurado sin contar con él y contra él.

Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan a conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

El pueblo, una vez sacado de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo.

Casi todos los revolucionarios y reformadores se parecen a los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron a fuerza de chillidos. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonradores son sus propios caudillos.

GONZALEZ PRADA

LA VIDA
Y LOS LIBROS

Releyendo a Pedro José Proudhon

por Vladimir Muñoz

RECIENTEMENTE había terminado de escribir Una Cronología de Pedro José Proudhon, la más extensa de todas las por mí escritas y, sin embargo, pensaba sobre cuántas cosas no habrían quedado en mi tintero, sin poder llegar al conocimiento de los amigos lectores. Pues uno, que anda enriqueciendo constantemente su estudiosa ignorancia, vive lejos de los grandes centros de documentación, como, por ejemplo, la Biblioteca Nacional de París o la Biblioteca del Museo Británico de Londres; o de las colecciones libertarias privadas o públicas, de cierta envergadura. Por lo tanto, los datos históricos que uno pueda presentar son, en verdad, limitados. Así es como, aun después de haber finalizado una cronología extensa y detallada, aparecen de improviso y, como quien dice, a la vuelta de la esquina, detalles por demás importantes, cual he de mencionar a continuación.

Cuando yo era chico, jugábamos con otros niños, sentados en un pequeño altozano a la orilla de una carretera de Irún, a conocer de qué país eran los autos que pasaban, es decir, en qué país habían sido fabricados. Eramos ya expertos en descifrar el lugar de origen, viendo la forma del frente de los radiadores. Igual cosa ocurrió cuando viviendo en Tarragona, descifrábamos los niños, paseando por un camino que había en lo alto del puerto y que iba hasta el faro, de qué país eran los barcos allí atracados. Dato curioso, conocíamos el origen por los colores y dibujos de las chimeneas. Ahora en la edad madura me ocurre una cosa parecida en cuanto al reconocimiento instantáneo. Se trata de los libros libertarios editados en el pasado en lengua castellana: viendo los lomos sé enseguida si se trata de un libro editado por Sempere, por Granada, por la España Moderna, por Heinrich, por Maucú, por Presa, por La Protesta, por Fuego, por Prometeo, por Estudios, por La Revista Blanca, etc.

En el reposo del mediodía, paso a veces por un puesto de venta al aire libre que hay cerca de la plaza Independencia de Montevideo. Alguna vez he «pescado» algo bueno allí. Lo más valioso para mí ha sido el libro de Ricardo Mella titulado *Lombroso y los Anarquistas* (Barcelona: Ciencia Social Editores, 1893). Pocos, poquitos serán hoy los amigos lectores que puedan atesorar en sus bibliotecas esta primera edición de Mella. Ciertos sábados hago «recorrida» por las librerías de lance de la ciudad, las que conozco pueden tener material libertario recién entrado. Figúrese el lector el tiempo que uno perdería de no conocer a los libros de la manera que yo los conozco, a los libros antiguos que particularmente me interesan. A mí me basta una escasa media hora para ir hasta los estantes en que se colocan estos libros y ver si hay alguna «novedad».

Pues bien, digamos una fecha: 14 de agosto de 1969. Después de comer voy a echar un vistazo al primer puesto de libros mencionado. Nada nuevo encuentro en los

tres mil y pico libros cuya identificación hago por los lomos. No obstante, hay un cajón en donde habrá unos 50 libros que se venden al infimo precio de lo que aquí ahora cuesta un «boleto» (un pasaje o ticket) de la locomoción urbana: 19 pesos. Reviso enseguida en menos de un minuto y... aparece el tesoro: ¡un libro de Proudhon editado en Argentina el siglo pasado! ¡En nuestro idioma y sus páginas están aún sin abrir! El tiempo lo ha conservado bien para mí, pues está completamente sano y la calidad del papel es excelente. ¿Qué mayor premio podría haber uno recibido después de haber pasado sus buenas horas recopilando datos para escribir una cronología detallada de este «Padre de la Anarquía»? Humildemente confieso que ninguno y estoy contentísimo por haber encontrado tal tesoro.

El libro se titula *El Principio del Arte y su destino social* (Buenos Aires: «Biblioteca Americana de Autores Selectos», 1896). Traducido en «lengua castellana y con una introducción por Emilio Gutiérrez de Quintanilla». Formato del libro: 11 x 18 centímetros. Páginas: XLV de prólogo, 264 de texto de Proudhon, y III de índice. Se trata en este libro del 1º tomo de una colección proyectada por el traductor que es a la vez el editor y que proyecta en la introducción ha de abarcar otros cinco tomos más, pero no de Proudhon.

La introducción es muy valiosa y... muy curiosa. Gutiérrez de Quintanilla es partidario de emplear un español simplificado y liberado del peso muerto del pasado etimológico, especialmente grecolatino. La emprende cual Quijote gramatical contra los «galicismos» que a la sazón inundaban el idioma cervantino y en cuanto a traducción, opta por traducir la esencia de lo que el autor dice, en su propio idioma natal, y trasladarla con fidelidad al castellano; en vez de entregar al público lector una traducción «literal». Lo que más resalta es colocar «i» en lugar de la «y» vocal. Por ejemplo escribe: i, hoi, hai, estoi, etc. Tampoco usa las sílabas «ge» o «gi» escribiendo al efecto: jenió, Jijón, etc. En cuanto a los verbos no ve porque, por ejemplo, en el verbo romper tengamos que escribir «roto» en lugar de rompido. Asombra con la facilidad que el lector lee esta traducción tan excelente y en idioma tan simplificado.

En cuanto al texto del inmortal Proudhon, creo que ya es del conocimiento del amigo lector. Está basado en una obra pictórica de su amigo Gustavo Courbet. He aquí, en la traducción que reseñamos, las palabras iniciales. «Gustavo Courbet, el artista de las estupendas paradojas, acaba de producir una obra cuyo escándalo habría rebajado grandemente los que desde hace quince años vienen cargándole la culpa, si el gobierno no le hubiera puesto a raya excluyéndola, sin más vueltas, de la Exposición. El

año era el de 1863. De orden superior, «El Regreso de la Conferencia» no figuró en el Palacio de la Industria...

Al igual que el sociólogo francés Carlos Francisco Fourier (1772-1837), que el gran vate galo Victor Hugo (1802-1885), que nuestro Pedro José Proudhon (1809-1865), el célebre pintor Gustavo Courbet (1819-1877), es oriundo naturalmente de la misma región de Francia y si bien los tres primeros nacieron en la «capital», en este caso, Besançon, el pintor nació no muy lejos de ella. Veamos lo que de él nos dice mi diccionario biográfico: «Pintor francés de la escuela Realista; cultivó también la pintura de animales, el paisaje y la escultura; adversario de Napoleón III, se negó a recibir la Cruz de la Legión de Honor que le ofrecían; elegido miembro de la Comuna de París (1871), autorizó el derribo de la columna Vendôme, por lo que fue condenado a seis meses de prisión y a cubrir su restauración (300.000 francos). Obras: Gamos en el Bosque, Entierro en Ornans y La Ola (Louvre), El Hombre de la pipa, etc.»

Aunque bastante explícito, este diccionario mío es, como decía el educacionista libertario Albano Rosell, de «los que tratan de no romper ningún vidrio». No resaltan estas breves notas la obra pictórica popular de Courbet, tan gráficamente enaltecedora del trabajo humano y de los trabajadores, como de ello se dará cuenta el amigo lector, observando el hermoso cuadro Los Picapedreros, reproducido (fuera de texto) en el hermoso libro Los Anarquistas por el Prof. James Joll (Barcelona: «Ediciones Grijalbo, 1968»). «Pedro José Proudhon y sus hijas», tan vastamente difundido y conocido de todos nuestros lectores; pero, reproducido algo borroso en negro y blanco.

Recomiendo a los amigos lectores el libro asequible de Proudhon titulado Qu'est-ce que la propriété? (París: Garnier-Flammarion, 1966), donde se encontrará en la tapa el mismo cuadro de Proudhon (pero sin las dos niñas) muy nítidamente reproducido con sus colores naturales. Escriben los editores que este cuadro de Proudhon se encuentra en el «Petit Palais», de París. Volviendo al primero de los libros del ilustre Proudhon, es decir, a El principio del arte y su destino social (la conjunción y la escribe el traductor-editor), diremos que se trata de la segunda obra póstuma de Proudhon: Du principe de l'art et de sa destination sociale (1865).

Data de 1840 su obra ¿Qué es la propiedad? Última edición en nuestro idioma: ¿Qué es la propiedad? (Buenos Aires: Editorial Americalee, 1946). A todos los lectores que pueden leer en la hermosa lengua de Molière, les recomendamos la bella edición de Garnier-Flammarion, inmejorablemente editada, con excelente papel. Contiene una cronología, una bibliografía sumaria y una excelente introducción de Emile James.

He escrito en otras partes y lo repito aquí, que la obra completa de Proudhon es privadamente de difícil adquisición. En francés se pueden conseguir sus «Obras completas», pero su estudio minucioso y pausado, asimilable, requiere cuantioso tiempo, del que andan faltos muchos de los amigos lectores. Por ejemplo, yo aún no he podido leer todos los libros que tengo de Proudhon y que son los siguientes:

«Idea general de la revolución en el siglo XIX», «General idea of the revolution in the nineteenth century», «Sistema de las contradicciones económicas», «De la creación del orden en la humanidad», «¿Qué es la propiedad?» (Sempere), «¿Qué es la propiedad» (Americalee), «Qu'est-ce que la propriété?», «La sanción moral — la

justicia — catecismo político», «La moral de las ideas», «El Estado. La dignidad personal», «La educación. El trabajo», «La mujer», «Amor y matrimonio», «La única salvación», «The malthusians».

Además del primero de los libros que he citado al empezar la presente reseña, me faltan por leer tres de los enumerados. De modo que, comprendiendo que son pocas las personas que hoy tengan en sus estantes todas estas obras de Proudhon y si, a lo sumo algunas, hago saber con sumo placer, que hay un libro excelente de Proudhon resumiendo su monumental y vasta obra: Œuvres choisies (París, Editions Gallimard, 1967). Con interesante y hermosa introducción del recopilador, Jean Bancal, gran especialista de Proudhon en los tiempos que corren. Libro que no debe faltar en ninguna biblioteca libertaria, pública o privada. En cuanto a las públicas aconsejo la encuadernación, por haber sido impreso por el sistema del «encolado», es decir, sin haber sido cosido.

Escribe el amigo Jean Bancal en el prólogo: «...Nuestra cotidiana lectura nos puso ante los ojos el pasaje de una carta que Proudhon, tres años antes de morir, escribió a su amigo Bergmann». Se trata de la lectura diaria que hacía Bancal de la obra de Proudhon y el pasaje es el siguiente: «Pienso resumirme y decir en pocas páginas, con claridad y simplicidad, lo que creo y lo que soy». Proudhon murió antes de hacer, en forma de libro, este resumen; su discípulo Jean Bancal lo ha hecho para todos nosotros, afortunados lectores de la segunda mitad del siglo XX.

Bueno, yo podría citar ahora todos los libros que tengo «sobre» Proudhon, que son tantos como los que «de» Proudhon tengo. Pero no lo haré por no abarcar tanto. Simplemente diré que esta carta (fechada el 14 de mayo de 1862) está contenida en el hermoso libro Cartas de P. J. Proudhon (Madrid. M. Aguilar, editor, 1932). Tesoro que habrá que reeditar algún día.

Atrasados andamos en nuestro idioma en editar el notable libro del prof. J. Hampden Jackson y titulado Marx, Proudhon and european socialism (Londres: The English University Press, 1958. Reedición, 1964). Hay ya varias traducciones a diferentes idiomas, incluyendo una al portugués, editada en el Brasil. Libro muy bueno sobre Proudhon, tanto es así, que el Servicio de Librería de «Freedom», de Londres, lo tiene en venta y lo recomienda.

Biografías de Proudhon las hay muchas y muy buenas. Escasos andamos en castellano de ellas, pero he aquí una de éstas: Proudhon, por Armand Cuvillier (México: Fondo de Cultura Económica, 1939). Anterior a su libro «El anarquismo», que en 1969 reseñé en la revista parisina «Umbrales» con el título «George Woodcock y el anarquismo», es el libro de este autor, en idioma inglés Pierre-Joseph Proudhon (Londres: Ruedge and Kegan Paul, 1956). Es una biografía muy buena con dos ilustraciones de Gustavo Courbet. Acúdase, no obstante, al libro de C. A. Sainte-Beuve, titulado Proudhon. (Buenos Aires: Americalee, 1945), muy meritorio y de lectura indispensable.

Muy buen estudio sobre Proudhon es el libro del profesor Peter Heintz titulado Problemática de la autoridad en Proudhon (Buenos Aires: Editorial Proyección, 1936). Esta editorial es ahora, en Argentina, la que viene editando libros libertarios, prosiguiendo así en Buenos Aires, la vieja tradición editorial libertaria. Esperemos y dese-

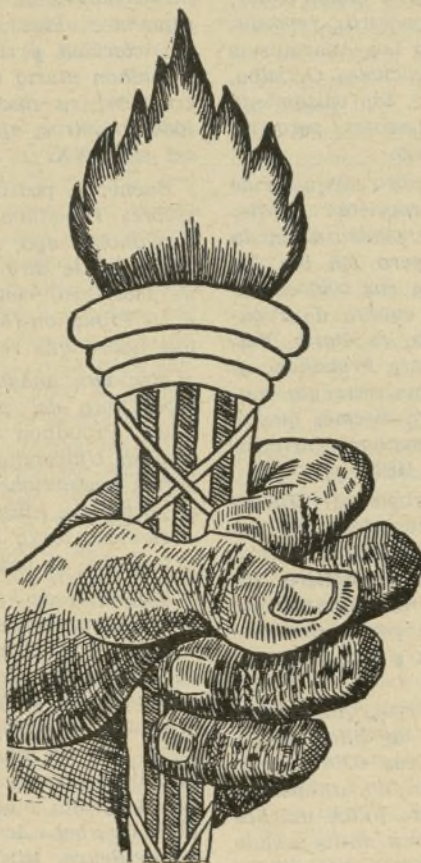
mos que pueda proseguir su trayectoria en bien de nuestras ideas.

Para terminar, nada mejor que hacerlo, extractando al mismo Proudhon, cuando en su libro *Idea general de la revolución* en el siglo XIX, escribe estas luminosas palabras:

«Ser gobernado significa ser observado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, regulado, inscrito, adoctrinado, sermoneado, controlado, medido, sopesado, censurado e instruido por hombres que no tienen el derecho, los conocimientos ni la virtud necesarios para ello. Ser gobernado significa, con motivo de cada operación, transacción o movimiento, ser anotado, registrado, controlado, gravado, sellado, medido, evaluado, sopesado, patentado, autorizado, licenciado, aprobado, aumentado, obstaculiza-

do, reformado, reprendido y detenido. Es, con el pretexto del interés general, ser abrumado, disciplinado, puesto en rescate, explotado, monopolizado, extorsionado, oprimido, falseado y desvalijado, para ser luego, al menor movimiento de resistencia, a la menor palabra de protesta, reprimido, multado, objeto de abusos, hostigado, seguido, intimidado a voces, golpeado, desarmado, estrangulado en el garrote, encarcelado, fusilado, juzgado, condenado, deportado, flagelado, vendido, traicionado, y por último, sometido a escarnio, ridiculizado, insultado y deshonrado. ¡Esto es el gobierno, esto es la justicia y esto es la moralidad!»

Deseemos y esperemos que la juventud pueda abreviar en esta tan rica fuente del pensamiento libertario de Proudhon.



UNA PAGINA DE HISTORIA

Vida y pasión de Emiliano Zapata

Con motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte de Emiliano Zapata, la UNESCO publicó un artículo de Hernández-Aguirre que reproducimos en parte a continuación.

«...Cual héroe murió Zapata por dar Tierra y Libertad». (Corrido popular).

CUANDO el 28 de noviembre de 1911 Emiliano Zapata se asomó a la puerta del rancho que ocupaba, en las afueras del poblado de Ayoxutla, y levantó sobre su cabeza las hojas mecanografiadas de la primera versión del «Plan de Ayala», sus hombres, que habían acudido a su llamado desde los más lejanos rincones de Morelos, Puebla y Guerrero, prorrumpieron en vivas y dispararon al aire sus carabinas 30-30. En esos momentos se estaba dando su verdadero sentido a la Revolución Mexicana.

Lo esencial, lo básico de ese gran movimiento armado que conmovió a México durante casi dos lustros, estaba ahí, en esas cuartillas que insuflaban el espíritu de la historia y de la modernidad en esos combates que se sucedían desde que el 20 de noviembre de 1910 don Francisco I. Madero levantara la bandera de la insurrección contra la oligarquía conservadora que tenía su campeón en el general Porfirio Díaz.

¿De qué orígenes lejanos y misteriosos había surgido Emiliano Zapata, enarbolando la bandera de **Tierra y Libertad**? ¿Continuaba acaso la lucha de Benito Juárez, de José María Morelos, de Miguel Hidalgo o vergaba la muerte de Cuauhtémoc? Todo eso y aún más.

Venía, en verdad, de más lejos. Venía del corazón mismo de la tierra de México.

Cortés con su espada trajo la Cruz al Nuevo Mundo, y trajo también la caña de azúcar. La Cruz encarnaba la caridad, la caña de azúcar significaba la propiedad. Y así los pueblos comenzaron a ser encerrados, cercados, aniquilados, borrados de la geografía por la caña de azúcar que parecía estrangularlos, apretarlos como autoritarias hojas de acero, sobre todo en los valles y tierras cálidas del Sur en donde el Conquistador inició la siembra como una nueva actividad económica. Tan fue así, que desde las primeras cosechas en Tlaltenango, el marquesado del Valle se convirtió en el primer centro azucarero del continente. La independencia no terminó, sino que aumentó este proceso econó-

mico y los señores de la tierra, poco a poco fueron desposeyendo de la suya a los campesinos y las propiedades comunales y ejidos, se fueron diluyendo en el latifundio. La concentración de la riqueza incrementó el poder de los grandes terratenientes.

Esta situación llegó a alcanzar proporciones increíbles durante los treinta años (1876-1911) en que Porfirio Díaz mantuvo en sus manos de hierro el poder político, sostenido por los grandes latifundistas.

El puño alzado de Emiliano Zapata y su grito de **Tierra y Libertad** eran la respuesta al duro despotismo que había empobrecido a los campesinos y que los mantenía, dentro del cerco de caña de azúcar de las grandes haciendas, como en una cárcel insalvable. El hecho es que la magra parcela de tierra que los Zapata habían cultivado a lo largo de los años y de las generaciones desapareció entre las 189.000 y tantas que diez y nueve propietarios poseían en esa región. En realidad, esta situación era tan sólo un índice de lo que acontecía en todo el territorio mexicano. En tierras de Durango, por ejemplo, un solo propietario era dueño de 418.193 hectáreas. Miles de guardias, llamados **rurales**, mantenían el orden de la pirámide social.

Esta realidad tensa y dramática conformó la niñez de Emiliano Zapata. A los diez y nueve años entra en conflicto con las autoridades. Los rurales le hacen prisionero, pero, gracias a la ayuda oportuna de su hermano — el futuro general Eufemio Zapata, brazo derecho de nuestro héroe — logra escapar. Fuera de la ley, ambos se refugian en las sierras vecinas, donde, poco a poco, tratan de organizar a los campesinos, víctimas del orden como ellos, en huestes rebeldes. Pero son los años del máximo poder de Porfirio Díaz. Al grito de **Tierra y Libertad** responde el látigo y las armas de los soldados de la dictadura. Zapata regresa a las faenas del campo. Mas ya no es el mismo muchacho que había escapado hacia la montaña. Inquieto, apasionado, Zapata participa en las deliberaciones de las juntas comunales o encabeza delegaciones que van a pedir justicia a las autoridades. Aunque su acción está aún limitada a una pequeña parte del Estado de Morelos, los hacendados sospechan que ese joven charro es un peligro para sus intereses. Una mañana, los **rurales** le hacen prisionero y, maniatado, le llevan al regimiento de caballería de Cuernavaca para que sirva como «voluntario». Sin embargo, este forzado servicio militar resulta, a la postre, benéfico. Allí conoce a otros «voluntarios» y

descubre que ellos también tienen los mismos problemas y que el espíritu de rebeldía es general. Al mismo tiempo, adquiere los necesarios conocimientos castrenses que le permitirán más tarde organizar sus invencibles huestes.

De regreso en su aldea, Zapata vuelve a encontrar la miseria y desazón de su gente. Las grandes haciendas aprietan cada vez más sus tenazas en torno a las poblaciones. En vano los campesinos protestan. Notarios y alcaldes, al servicio de la dictadura de Porfirio Díaz y de los ricos propietarios, prestan oídos sordos a quejas y memoriales de agravios. En septiembre de 1909 los vecinos de Anenilco se organizan en una especie de junta comunal para enfrentar, unidos, el problema de la tierra. Emiliano Zapata la preside. Por ello va a Ciudad de México a defender los intereses de su gente; pero en la capital nadie le hace caso. El gobierno y sus instituciones no tratan directamente con el pueblo, ni se ocupan de pequeños conflictos de tierra. Zapata comprende que toda solución pacífica es imposible. De regreso en Morelos se pone al frente de un puñado de campesinos armados, echa por tierra las cercas de las parcelas en disputa y las distribuye entre los menesterosos. Es un momento capital en la historia de América y — por qué no decirlo — del mundo.

El movimiento campesino que así comienza coincide con la revolución política contra el régimen de Porfirio Díaz que inicia en 1910 don Francisco I. Madero con el apoyo de los elementos liberales y de los intelectuales. Como es natural, las dos grandes corrientes formarán una sola para modernizar las estructuras sociales y políticas del gran país mexicano.

La misión política de la revolución (maderista) iniciada en 1910 — dice el historiador don Silvio Zavala — «consistió en destruir las bases del régimen porfirista para crear otro que, según las aspiraciones de los dirigentes del movimiento, tendría por fundamento el sufragio efectivo y la no reelección». Pero el pueblo — Zapata y otros muchos líderes de las ciudades y los campos que se unen a la revolución y constituyen su brazo armado — insufla en la insurrección un contenido social que rebasa la simple reforma de las costumbres políticas y le da su fuerza y su importancia histórica.

Todo gran acontecimiento histórico está hecho, en verdad, de una serie de felices y oportunas coincidencias que se entrelazan como las diferentes frases de una fuga musical. Y así también la revolución mexicana es el resultado de diversos factores simultáneos y concordantes. A la miseria de los campesinos se une la explotación en fábricas y minas de los trabajadores y la falta de libertad que amenaza de asfixia a los intelectuales y entorpece el progreso nacional. Levantamientos aislados, huelgas como la de Río Blanco en 1908, la publicación en 1909 del libro acusador de Andrés Molina Enriquez *Los Grandes Problemas Nacionales* — cuyo Plan de Texcoco servirá de base al famoso Plan de Ayala que servirá de bandera a Emiliano Zapata — y la de otro libro, *La Sucesión Presidencial*, en 1910, obra del propio don Francisco I. Madero.

La tierra de México se enciende, iluminada por miles y miles de vivaques, erizada de rifles insurrectos como de agudos nopales sus sierras y sus valles. Cae la dictadura y Porfirio Díaz escapa. La maquinaria del Estado queda libre de las trabas porfirianas y, poco a poco, la vida democrática se anima. Madero es Presidente. Para muchos, el fin ha sido alcanzado: reforma de la superestructura política, libre juego de las instituciones liberales y democráticas, etc. Las grandes potencias tratan, por su parte, de frenar el ímpetu revolucionario y mantener el *statu quo* en que muchas empresas extranjeras están exentas de todo impuesto. Además, los viejos intereses encuentran otra vez defensores. Pero para otros, los más, la revolución no ha hecho más que comenzar. Sufragio efectivo y no reelección es una magnífica norma de vida cívica, mas lo fundamental es la reforma agraria, *Tierra y Libertad*, como dice Zapata.

Zapata ha vuelto al campo, a su aldea, donde espera la acción del Gobierno maderista. La anhelada reforma no llega. Los grandes intereses se agitan y mueven los hilos de la trama. Un general, Victoriano Huerta, se convierte en el brazo armado de éstos. El Presidente Madero y sus más íntimos colaboradores son asesinados. Y la guerra civil se extiende por todo el país.

Huerta es vencido, pero la lucha por el poder continúa. Carranza, Villa, Obregón... El aire de México se llena del estruendo de los combates.

La tesis, el objetivo zapatista se contiene en el llamado *Plan de Ayala* y, particularmente, en el artículo VII.

En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos, dice ese documento trascendental, no pueden mejorar en nada su condición social ni pueden dedicarse a la industria o a la agricultura «por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura y de labor y se mejore en todo y para todo la falta de propiedad y bienestar de los mexicanos».

Pero este documento, que años más tarde sería considerado por la democracia mexicana como el embrión de la avanzada y moderna Constitución de 1917, sirvió primero para unir contra Zapata y los suyos a los grandes propietarios urbanos y rurales. Como no era fácil vencerle en el campo de batalla, como su popularidad crecía y su nombre iba ya de boca en boca de campesinos esperanzados, era necesario deshacerse de él en cualquier forma.

Don Venustiano Carranza, el Primer Jefe, como se le llamaba, había tomado las riendas del poder y exigía obediencia de todos los caudillos armados. Emiliano Zapata respondió a Carranza con una voz que, más que suya propia, era la voz de la historia: Zapata ordenaría a sus hombres entregar las armas y volver a sus faenas agrícolas en cuanto el Primer Jefe aceptara el Plan de Ayala como la base de su programa de gobierno. Francisco Villa,

por su parte, rehusaba también reconocer la autoridad carrancista. Unos años pasan, cada región de México dominada por un caudillo o por varios. En 1917, Carranza convoca una gran convención en Querétaro para redactar el documento fundamental de la República, su constitución.

Ese documento trascendental, en el que quedan incorporadas las ideas de Molina Enriquez y de los zapatistas, constituye, como lo reconocen todos los historiadores políticos, la primera Constitución revolucionaria de los tiempos modernos.

En líneas generales, la Constitución de Querétaro establece que toda la tierra y las riquezas naturales pertenecen a la comunidad, pero pueden estar en manos privadas siempre y cuando el interés público no requiera lo contrario. El subsuelo pertenece a la nación y sólo puede ser arrendado a particulares. La iglesia no puede ser propietaria. Los extranjeros sólo pueden dedicarse a los negocios dentro del marco de una empresa mexicana. Los trabajadores pueden organizarse en uniones y sindicatos. La jornada de trabajo es de ocho horas. El salario será el mismo cuando se trate del mismo trabajo sin distinciones de sexo o nacionalidad. Los ejidos y las tierras incultas volverán a ser propiedad de los campesinos. La educación será pública y laica, etc.

Sin embargo, la paz no vuelve del todo. Los caudillos continúan su disputa. Por una u otra razón, diversas tendencias se oponen al Gobierno. La aplicación de las disposiciones constitucionales no satisface a los elementos más revolucionarios. Emiliano Zapata combate, armas en la mano, a las tropas federales, y continúa imponiendo su reforma agraria, ahora ya medida legal. Todos los elementos conservadores ven en el general Zapata al enemigo por excelencia. La trama contra él se va urdiendo hasta la trágica y grotesca escena final.

La muerte de Zapata tiene el horrendo esplendor de una tragedia antigua. Lo que no ha logrado el arte militar, el choque de las tropas, porque Zapata parece invencible, lo alcanzará la astucia. Un oficial de las fuerzas gubernamentales hace saber a Zapata que desea unirse a los agraristas. Para dar mayor veracidad a sus palabras ataca una plaza fuerte del Gobierno. Zapata queda convencido, y se concierta un encuentro para recibir al nuevo compañero de armas. Como requiere la cortesía castrense, las tropas del falso rebelde se alinean y presentan armas. Cuando el general Zapata comienza a pasarles revista, el oficial, que ya tiene instruidos a sus soldados, da rápidamente las voces de mando y ordena hacer fuego contra el héroe desprevenido, que cae mortalmente herido.

El cadáver es llevado, a lomo de mula, hasta la capital de Morelos. Sin embargo, entre el dolor y el asombro, los campesinos no dan crédito a la noticia y piensan que Emiliano Zapata ha escapado también a la muerte y que debe andar escondido por la sierra. Poemas y corridos populares convierten en áurea leyenda el trágico episodio ocurrido en la Hacienda Cinameca el 10 de abril de 1919.

Campanas de Villa Ayala
¿por qué tocan tan doliente?
— Es que ya murió Zapata
y era Zapata un valiente...

El arte mexicano, uno de los más vigorosos de nuestro tiempo y que ha producido grandes pintores al fresco por la primera vez desde la época del Renacimiento italiano, ha sabido rendir homenaje a la memoria del General Emiliano Zapata. Y así hoy aún se le ve pasar, señero y gallardo, ataviado siempre de charro bien castizo y bien plantado, seguido por sus campesinos en armas, bajo la bandera de **Tierra y Libertad**.



EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de MIGUEL TOLOCHA⁽¹⁾

(Continuación)

SIGLO VII

Durante este siglo España vivió muy inclinada a las cosas árabes y muchos fueron los españoles que se dedicaron a estudiar el idioma de los moros y con el idioma su historia y su civilización.

L. 33.

A. Hamon en «La Revolución a través de los siglos», dice:

«Hasta este siglo todos los padres de la Iglesia consideran, de acuerdo con San Gregorio, la tierra como cosa común y el comunismo como la cosa más cristiana y más perfecta organización social.»

Por consiguiente los bandazos de la iglesia solo a un camaleón de su talla podrían compararse.

Gran mutación política, social y religiosa debió haber en este período por cuanto no es sólo Hamon quien lo señala. Siglo de gran silencio llama Camus al VII, silencio que empieza con la muerte del neoplatonismo.

AÑO 700

España no escapa a esa situación. Este año comienza un período de los más oscuros de la historia de España. Reina a la sazón Witiza y, o no hubo historiadores o se les prohibió escribir. Autores de valía dicen que del año 700 hay pocas crónicas, y, por mediocres, no reflejan la verdad.

SIGLO VIII

Hablar el árabe en España significaba en el siglo VIII estar en contra del cristianismo. Era el árabe la len-

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multiplicando datos y fichas. — LA REDACCIÓN.

gua antilatina por excelencia, no sabemos si por ganas de la oposición o por designios inquisitoriales de los cristianos.

Uno de los métodos de propaganda empleada por los árabes consistía el escribir en la moneda alegorías a su Dios y a su religión. La moneda iba de casa en casa aportando la consigna acuñada, semejante a la consigna que de casa en casa envían ahora los speakers de la radio y de la televisión a favor de su ministro o de su presidente.

En el Sudeste de Francia aparecen los Vandos a los cuales inspiró, al parecer, Manés que tenía como lema: «Todo pertenece a todos.»

AÑO 709

Año de sublevaciones, no porque hubiera sindicatos de resistencia sino por rivalidades personales entre poderosos coronados o coronables.

Witiza tenía un hijo: Akila, en lucha contra Rodrigo más domesticado por el clero. Venció el último, pero los árabes quieren revancha y lo lo gran con el paso de África a España que efectúa Tarik vencedor de Rodrigo, etc., etc. Entre los pecados que se les imputa está el imperdonable de haber desencadenado una guerra. Quién comete dicho pecado, dijo un obispo de entonces, va al infierno. Cosa paradójica, el año 1936, todos los obispos españoles menos uno, declararon la contrario, atizaron a la guerra cual lo hubiera hecho un cabo de la legión.

AÑO 711

Tarik con 20.000 moros conquista la península ibérica.

AÑO 755

Reino de Abderraman I en España.

AÑO 800

Carlomagno hace una de las suyas: crea títulos de nobleza. El título comportaba derechos sobre vidas y haciendas. El noble podía robar, violar y matar en su circunscripción cual hacían en el año 1936 los jefes provinciales franquistas.

SIGLO IX

Se ponen muy en uso los profetas caídos en olvido. A la vista de sus profecías uno se da cuenta que es plagio de los profetas que ya se multiplicaron 800 años antes de Jesucristo. Los más famosos fueron Amós, Isai y los salmistas. Según Renán, si hoy se presentaran recibirían el nombre de anarquistas o socialistas.

Sencillamente.

AÑO 813

Este año el clero español se apuntó un tanto: Inventó el cuento del sepulturero de Santiago y España atrajo a peregrinos de todo el mundo. Hoy a estos peregrinos se les llama turistas.

Estos buscan sol y aire o prostibulos. Como entonces los peregrinos. Ved sino el simbolismo de «Via láctea» de Luis Buñuel.

AÑO 814

Año de agitación antiárabe. Reinaba Alhaquer en Córdoba. Especialista en tramas políticas, él preparó como solo los caudillos son capaces, la horrenda matanza de toledanos conocida por Jornada del Foso.

Imponían silencio al pueblo a fuer de matar. El letargo en que España vive desde el año 36 ya tuvo precursores.

AÑO 854

Alvaro Cordubensio escribe su «Indiculus Illuminatus», precioso libro al que hay que reservar una plaza de honor en nuestras bibliotecas.

AÑO 871

Reinaba en Inglaterra el rey Alfredo. Se le atribuye a él como el primer hombre que tuvo la idea de dividir el día en tres ochos.

Antes de leer lo de este Alfredo yo pensaba que el inventor de la política de los tres ochos era Victor Hugo.

SIGLO X

Siglo teocrático como jamás se ha vuelto a ver.

Proudhon dice de este siglo que consagró la desviación del cristianismo verdadero.

La iglesia desde entonces, desvián-

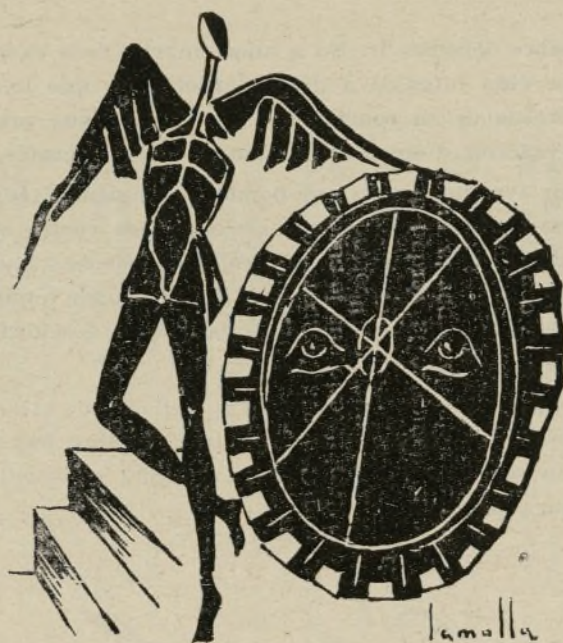
dose cada día más ha dado pasos de gigante.

La influencia árabe está ya en lo alto de la cuesta.

Si Cervantes es el más gran embajador de nuestra lengua, el árabe tuvo otro del mismo calibre llamado Cide Hamet Benengeli.

El manco incluso lo cita.

A mí me gustaría poderlo leer, además parece ser que leyendo a Benengeli se comprende mejor a Cervantes.



Nuestra batalla

Nuestra batalla, la batalla anárquica, se diferencia totalmente de todas las bregas que pugnan por influenciar los acontecimientos. No queremos la conquista del poder, nosotros; de ningún poder; no nos interesa, no nos puede interesar ninguna forma de poder que pueda influenciar a los pueblos de arriba a abajo, de lo complejo — la institución — a lo simple, el individuo. Por eso hacemos de lado, debemos hacerlo, amigos, todo propósito de conquista de poder: poder económico, poder espiritual, ninguna de estas modalidades de predominio nos puede interesar a los anarquistas.

¿En qué consiste, pues, nuestra batalla? En ir al hombre, amigos. Ir al hombre quiere decir hacer de lado la posición que el individuo ocupa en el nutrido casillero social de nuestro tiempo: hacer de lado su posición política, su condición económica, su ubicación institucional, su temperamento intelectual, sus creencias: hacer de lado todo lo que caracteriza al hombre del siglo. Ir al hombre haciendo de lado todo eso significa llegar al corazón y a la mente del individuo, despertando sus sentimientos, obligarlo a ejercitar su propia inteligencia a fin de que se encuentre a sí mismo, a fin de que sienta en humano que a lo humano tienda, desarrollando sus propias aptitudes para amar al prójimo y hacerle desear y activar el despertar de la misma intensa vida a todos los prójimos.

Al hombre vamos, al hombre debemos ir. No a adoctrinarlo, no a encajarlo en un nuevo laberinto institucional. A gritarle a la vida intensa, a despertar el nexo que le une a la especie, a soplar las cenizas que cubren las brasas de su conciencia, a partearle sus propias ideas que tienen que estar, lo están, en su mundo exterior. Comadrones, somos. Como Sócrates.

Con este objetivo nosotros tenemos que ir al hombre, rompiendo todos los límites que estrechen nuestro radio de acción. Si en nuestras actividades de clase nos vemos obligados a luchar contra el explotador que lucra con toda la existencia del obrero, sólo debemos hacerlo en tanto que burgués, combatiendo al avaro que hay en él. Pero no debemos odiarlo como hombre, sin llevar a él nuestro verbo de liberación, buscar en su íntimo ser, soplar la ceniza, descubrir la brasa de la virtud. Algún fuego debe de haber debajo lo frío, amigos.

Por eso en nuestro agitar pasamos por encima de los vallados de clase y queremos hablar no sólo a todos los buenos, sino a todos los hombres, que en todo hombre hay algo de bueno en potencia susceptible de inundar todo su ser. Nuestro repudio va dirigido solamente a lo que de malo pueda tener el hombre. Tal es nuestra batalla.

FOSCO FALASCHI



abatió. El pueblo había rodeado los muros del castillo y debió presenciar impotente el trágico espectáculo.

El conocimiento del manejo de las materias explosivas no estaba entonces muy difundido en España y por eso no cayó ninguna bomba entre los verdugos.

Un grito de indignación corrió por toda Europa sobre los verdugos infames y sanguinarios que dominaban en España; las noticias horribles excitaban hasta los más indiferentes y los sensibles, los que sienten en sí los dolores ajenos, contrajeron los puños con sed impotente de venganza.

La prensa europea no pudo mover el corazón de los asesinos españoles a la justicia, pero sin embargo, logró sacudir para la venganza el corazón y el ánimo de un joven entusiasta que comprendió que no se puede conmovir el corazón de los tiranos, sino que es preciso atravesarlos de parte a parte. Al compasivo Miguel Angiolillo tocó la dicha de vengar a la humanidad injuriada. Sus balas atravesaron el corazón pétreo de Cánovas del Castillo, presidente entonces de ministros, que era responsable de esas infamias porque las había ordenado él mismo. Cánovas del Castillo era el Meternich, el Pobiedenozef de España, era la encarnación de la reacción, era el mismo canalla que contribuyó principalmente en 1874 como político a la caída de la república española y al restablecimiento de la monarquía borbónica.

Las balas de Angiolillo tuvieron más éxito que doscientas toneladas de tinta, pues con Cánovas desapareció la cabeza de la reacción española y el ministerio que le sucedió — tal vez por temor a igual destino — puso en libertad a los supervivientes de Montjuich.

En España como en Rusia se demostró la verdad de la frase de que el despotismo sólo es ablandado por la muerte de los déspotas.

Ya antes había sido proyectado un atentado contra Cánovas. En el año 1895 lo esperó Francisco Ruiz con una bomba ante el palacio del gobierno. Pero la bomba explotó en las manos de Ruiz y lo mató a él mismo.

Angiolillo, un hombre joven, muy instruido, tipógrafo y activo colaborador de los periódicos franceses, italianos y españoles, tuvo noticias de esas infamias. Leyó sobre ellas en la «*Revue Blanche*», «*L'Intransigeant*», «*La Libre Parole*», y principalmente en el libro de Fernando Tarrida del Mármol, *Les Inquisiteurs en Espagne*, que llevaba constantemente consigo. Se decidió a vengar a sus compañeros y viajó principalmente con este objeto desde Londres, por Bélgica, hacia España.

En Francia se reunió con muchos compañeros y al acompañarlo hasta la estación lo despidieron con la fórmula «¡Has-

1883 — sucedían de tanto en tanto actos terroristas agrarios, las cosechas de los explotadores agrarios eran algunas veces incendiadas; en periodos de gran miseria eran robados frutos y vacas, pero los ejecutores de estos actos no fueron nunca sorprendidos. Las huelgas agrarias se hicieron muy sensibles para los propietarios también, y éstos decidieron intentar un golpe para liquidar a los jornaleros.

No tenían ningún argumento legal contra la sociedad, pública y legalmente constituida, y por eso descubrieron la famosa conspiración de la «Mano Negra», que nunca existió y que nació sencillamente de la imaginación de la guardia civil y de los jueces.

Un capitán de la guardia civil de Jerez, Monforte, «encontró» bajo una piedra en el campo los estatutos secretos de la «Mano Negra» envueltos en otros varios «papeles comprometedores» que declaraban como objetivo el robo, el asesinato y el incendio.

Un golpe mortal ordinario a un trabajador por su primo, que casualmente era miembro de la Federación de los Campesinos dio el pretexto para los procedimientos. Se arrestó a más de cien personas. Se enviaron artículos a toda la prensa del mundo sobre los descubrimientos de la «Mano Negra», aceptados por los lectores crédulos. Con ayuda de los más terribles tormentos — que tan sólo se conocieron veinte años después — se obtuvieron todas las «confesiones» deseadas. Los detenidos eran sólo miembros de la Federación Regional de Trabajadores, que fue identificada con la «Mano Negra». El sistema de la acusación era que el trabajador muerto en la riña había sido condenado a muerte por el tribunal secreto de la «Mano Negra», que presidían el campesino Corbacho y el maestro Juan Ruiz. Toda la acusación se apoyaba en las «confesiones» de los acusados por los jurados de Jerez. Entre los ajusticiados estaban F. Corbacho, presidente de la Unión de Trabajadores del Campo, y Juan Ruiz, secretario. Este había tomado parte en el congreso de la Federación Regional de Sevilla como delegado por Jerez.

Los procesos americanos de Chicago en 1886, y contra Haywood, Meyer, 25 años después, son sólo pálidas copias de este modelo español de cómo se destruye un movimiento sindical. Fueron los primeros mártires de la lucha de clases de los trabajadores contra los capitalistas; mártires precursores del sindicalismo.

Este proceso no fue el único, pues luego se decretó por el «liberal» gobernador de Cádiz para todo el territorio agrario de la provincia la siguiente ordenanza: «Para todos los daños e incendios cuyas causas no pueden ser indicadas, se considerará responsables a los miembros del comité local de la llamada Federación de Trabajadores.

En los procesos posteriores contra la «Mano Negra», con la que se asustó al mundo entero, funcionó siempre la tortura y con motivo de las confesiones que se obtenían, fue sentenciado un gran número de personas a trabajos forzados para toda la vida en las colonias africanas.

La verdad fue mantenida tan oculta que hasta los obreros anarquistas de las otras regiones creían en la existencia de la «Mano Negra».

En octubre de 1883 tuvo lugar el tercer congreso de la Federación Regional de Valencia. Este congreso se ocupó principalmente de la «Mano Negra», que fue ahora causa de la escisión y disolución de ese poderoso organismo. Los valerosos y enérgicos anarquistas conscientes defendieron los actos de la «Mano Negra» — en la creencia de que había realmente existido — en tanto que la mayoría, que simpatizaba con el anarquismo, pero que no era anarquista consciente, sencillamente — es triste decirlo — por temor a las persecuciones se dejó llevar a una declaración en que aseguraba no tener nada de común con los crímenes de la «Mano Negra» y en que los desaprobaba.

Por consiguiente, los anarquistas enérgicos, una minoría importante, se retiró de esa federación y fundó más tarde una federación puramente anarquista con el nombre de Organización Anarquista de la Región Española, que se componía en especial de grupos libres, círculos de estudios, grupos editores de periódicos y folletos, etc. Había llegado la época de la propaganda y de las discusiones teóricas, de los principios; en especial sobre el eterno tema «comunismo libertario o colectivismo».

Esta diferencia llevó a la escisión del movimiento. La vieja federación sindical permaneció colectivista, los nuevos grupos de los que surgió la Organización Anarquista fueron siempre más comunistas libertarios, revolucionarios, pero fuera de los sindicatos.

En el año 1885 fue celebrado en Reus (Cataluña) el primer Certamen Socialista, una especie de torneo literario de los mejores trabajos sobre el anarquismo. Todos los trabajos distinguidos y premiados eran completamente colectivistas. En Barcelona fue celebrado el segundo Certamen Socialista, y aunque el jurado, que se componía de los más conocidos escritores anarquistas, sostenía el punto de vista colectivista, fueron premiadas y publicadas algunas tesis comunistas libertarias. En este Certamen fue presentado también el himno anarquista «Hijos del Pueblo», que se hizo después famoso, por un tipógrafo, Rafael Carratalá, y publicado por primera vez.

El 1º de septiembre celebraron durante una huelga de albañiles los empresarios una conferencia para discutir el

justicia española. Los gritos de las víctimas torturadas en Montjuich penetraron en el mundo entero y desde entonces se pronuncia el nombre de Montjuich sólo con lúgubre estremecimiento, pues ni la Bastilla de la vieja Francia y el fuerte de Pedro y Pablo de la actual Rusia, han visto los horrores del **Castillo maldito**, como le llama la voz popular.

De trescientos a cuatrocientos detenidos fueron amontonados en lo profundo de un barco de guerra, sacados en pequeños grupos y torturados en un departamento especial de martirio de la guardia civil bajo la dirección del teniente Portas, según todas las reglas de la «santa» Inquisición. Se les quemó con tenazas al rojo vivo, se les arrancó la lengua, se les magulló los órganos genitales, etc., etc. Los jueces eran oficiales, y el juez instructor Marzo — que después se volvió loco — ordenaba como había que proceder con los acusados para que ante el espanto consiguiente confesaran durante el interrogatorio todo lo que se les exigiera. Esta vez confesaron 28 personas haber arrojado la bomba y el juez instructor militar Marzo pronunció ante el tribunal de guerra estas palabras dignas de ser pensadas: «Yo cierro los ojos a la razón y pido la pena de muerte para 28 personas».

Ante el tribunal de guerra los acusados mostraron sus cuerpos ensangrentados y desgarrados, negaron todas sus deposiciones, arrancadas por el martirio; pero a los jueces militares pareció haberles conmovido muy poco eso. Marzo les hizo llevar de nuevo, los volvió a entregar en manos de Portas, para prepararlos para más deseadas confesiones. Pronto resonaron en las celdas los gritos espantosos, desgarradores que llegaban hasta la sala en que sesionaba el tribunal de guerra. Los acusados fueron presentados de nuevo y el tribunal sentenció a un gran número a muerte y a unas 60 u 80 personas a trabajos forzados desde 20 años a perpetuidad.

Los absueltos fueron — pues entre tanto había sido votada una ley de excepción contra los anarquistas, que se aplicó de inmediato retroactivamente — condenados a destierro de España; y la intención del gobierno era enviar a los anarquistas desterrados a una comarca despoblada, a un desierto en Río de Oro, Africa, para la colonización forzosa, donde pronto habrían sucumbido a causa del clima.

El 4 de mayo de 1897 fueron fusilados los compañeros Tomás Ascheri, Luis Mas, José Molas, José Nogués y Juan Alsina, según la sentencia de muerte, en los fosos del castillo de Montjuich. Llegados al lugar de la ejecución gritaron aún: «¡Somos inocentes!» Uno gritó: «¡Asesinos!» Mas gritó aún: «¡Viva la anarquía!» y Molas: «¡Viva la revolución social!» Fueron obligados a arrodillarse; sonó una descarga y sólo cayeron cuatro; Alsina quedó en pie. Una segunda salva lo

Pero con la muerte de Pallás no se contentaba el gobierno, sino que intentó en esa ocasión librarse de todos los elementos incómodos. Para conseguir de los tribunales de guerra la condena de los detenidos, se repitieron los procedimientos de la **Mano Negra**: magullamiento de los órganos genitales, corte de la lengua, compresión del cerebro, privación de agua, de modo que los presos debían beber ante las torturas de la sed sus propios orines, azotes y aguijonazos para obligarlos a correr ininterrumpidamente, día y noche, en el patio de la prisión, privación del sueño, nada quedó sin experimentar.

Uno de los obreros detenidos juró vengar a Pallás. Fue el anarquista Santiago Salvador, un amigo de Pallás, que poco después de su liberación arrojó una bomba en el Teatro Liceo durante una representación de gala. El hecho tuvo lugar el 21 de noviembre de 1894.

Siguieron nuevas e incontables detenciones y nuevos martirios, pero en proporción todavía mayor. Hasta se pidió la investigación a los mismos jueces que operaron en el proceso de la **Mano Negra**. Muchas víctimas murieron durante los martirios. Tan sólo unos meses más tarde se arrestó al autor, Salvador Santiago, en Aragón, el cual confesó inmediatamente su hecho y demostró que no había tenido ningún cómplice. Todas las víctimas de ese proceso que también habían confesado bajo los tormentos, lo que se les exigió, no fueron puestas en libertad a pesar de que Santiago era el único culpable.

Se construyó un nuevo proceso en el que ahora a los acusados a causa de la bomba del Liceo se les obligó por medio del sistema infalible de la tortura a «confesar» que habían tomado parte en la «conspiración» contra la vida del general Martínez Campos.

Como resultado de este proceso fueron sentenciados a muerte nuestros camaradas Archs, Bernat, Codina, Cerezueta, Sabat y Sogas, los cuales fueron fusilados; un gran número de compañeros fueron también sentenciados a trabajos forzados a perpetuidad en Africa.

En junio de 1896 estalló en la estrecha calle de Cambios Nuevos de Barcelona una bomba contra una procesión; el autor quedó desconocido hasta su muerte. Fue un francés, François Girault, que murió algunos años después en la Argentina. Tampoco esta vez conoció la rabia de los verdugos ningún límite. Más de trescientos inocentes, que sólo habían sido considerados como sospechosos de tener ideas libertarias, fueron detenidos y torturados.

Ahora llega aquel proceso de Barcelona que llevó el nombre de la colina del castillo de Montjuich a todos los países y descubrió por primera vez claramente ante el mundo a la

procedimiento a seguir contra los huelguistas. En esa conferencia cayó una bomba que mató a doce explotadores.

La vieja Federación Regional se hundió pronto. Tuvo aún un congreso en 1887 en Madrid, y en su último congreso de 1888 resolvió su disolución. En mayo de 1888 los anarquistas fundaron en su congreso en Barcelona una nueva federación sindical con el nombre de Federación de Resistencia al Capital. Esta federación tenía su fuerza principal en Cataluña, pero no fue nunca tan poderosa como su precursora, la Federación Regional, lo que tal vez hay también que atribuir en parte a la circunstancia de que en el mismo año fue fundada la federación sindical socialdemócrata Unión General de Trabajadores.

Por lo tanto había en esta época cuatro organizaciones obreras en España: por una parte el partido obrero socialdemócrata con su organización sindical paralela, Unión General de Trabajadores; y por otra la Federación Anarquista, con la Federación de Resistencia al Capital, que estaba bajo el influjo de los anarquistas.

..

Unas palabras sobre la socialdemocracia en España, extraídas de un artículo de Pablo Iglesias en **Nuestro Tiempo**, de 1902:

Desde 1878 a 1881 hay un grupo socialista secreto; en 1881 hay ya cuatro grupos públicos; en 1885 hay cinco en toda España. Desde 1886 comenzó a aparecer la primera publicación socialista semanal, **El Socialista**, redactada por Pablo Iglesias.

En 1881, en las elecciones recibieron los socialistas en toda España, cinco mil votos. En 1901, veinticinco mil cuatrocientos. En 1889, según los datos de Pablo Iglesias, la Unión General de Trabajadores tenía 3350 miembros; en febrero de 1902 tenía 32.000 (?). Indudablemente, es extraño que el partido recibiera menos votos en las elecciones que el número de miembros que dicen tenían en los sindicatos; lo que por lo demás no ocurre en ningún país.

..

La Federación de Resistencia al Capital fue enérgicamente apoyada por la Organización Anarquista en todas sus luchas. Ambas organizaciones propagaban en su interior la huelga general y organizaron huelgas importantes y revolucionarias que causaron gran sensación.

A fines de febrero de 1888 tuvo lugar en Riotinto una huelga en que participaron de 12.000 a 13.000 obreros y mine-

ros. Cuando volvían de ante la casa del gobernador, el regimiento de Pavía hizo una descarga criminal desde atrás contra los huelguistas, que tuvo por resultado 57 hombres muertos y 200 gravemente heridos. Uros meses después los obreros se vengaron. Fueron quemadas fábricas, destruidas minas. Se produjeron numerosos «actos individuales» cuyos autores no fueron descubiertos.

En enero de 1889 tuvieron lugar en el Palacio real, en el curso de 14 días, ocho explosiones de dinamita, una explosión más considerable en el palacio del arzobispo y una en casa del jefe del partido conservador.

El 1º de mayo de 1890 abandonaron todos los obreros de Barcelona el trabajo para dar a la manifestación decidida internacionalmente, un carácter revolucionario. Fueron detenidos los tranvías y los trenes; y fueron quemadas y saqueadas las casas de algunos odiados explotadores. La policía y el ejército se guardaron de atacar a los obreros, los obreros tampoco atacaron; y dos días después volvieron al trabajo.

En 1891 la Federación de Resistencia tuvo un congreso en Madrid en el que se resolvió declarar la huelga general en toda España el 1º de mayo de 1891 para conseguir las ocho horas. El 1º de mayo produjo también en toda España escaramuzas, especialmente en Cataluña: en Barcelona hubo verdaderas batallas callejeras y luchas de barricadas, donde fueron muertos y encarcelados muchos anarquistas.

En esos días se presentó una delegación del partido socialdemócrata dirigida por su jefe Pablo Iglesias, ante el presidente de ministros, Sagasta, para asegurarle la legalidad y pacifismo de los socialdemócratas y declararle que no tenían nada de común con los bandidos anarquistas, cuyos actos desaprobaban.

..

Cuando se considera el mapa de España aparecen las ciudades de Barcelona y de Jerez como dos puntos opuestos del país, como dos polos por los que se podría hacer girar el mapa. Son también los dos puntos centrales de la vida revolucionaria de España. Desde las luchas por la Independencia contra Napoleón hasta hoy, han sido los puntos principales de todos los movimientos revolucionarios. Todo movimiento en Cataluña halla inmediatamente un eco en Andalucía y viceversa.

Como eco de los sucesos de Cataluña comenzaron los obreros del campo de Andalucía a moverse.

Resolvieron tomar por asalto la ciudad de Jerez (60.000 habitantes) para extender desde allí el movimiento por toda Andalucía. En la noche del 9 de enero de 1892, debían encon-

trarse cerca de 5.000 trabajadores del campo fuera de la ciudad para atacarla. Sin embargo, una lluvia torrencial en esa noche motivó el que no concurrieran más de 500 o 600 hombres, que decidieron a pesar de todo avanzar. Penetraron en la ciudad sin resistencia. Fueron saqueados algunos negocios, se cambiaron algunos tiros, pero la población obrera permaneció indiferente. A los rebeldes no les quedó otro remedio que retroceder y no cayó ninguno en manos de los soldados. En su miedo, la burguesía se puso más rabiosa porque no sabía a quien dirigirse. Resolvió, pues, vengarse sencillamente en la clase obrera: los jefes de las organizaciones obreras, sus oradores, los colaboradores de los periódicos proletarios fueron conderados a muerte y otros a largos años de trabajos forzados sin la menor prueba de que hubieran estado presentes en la revuelta. Nuevamente se consiguieron: mediante la tortura todas las «confesiones» deseadas y cuatro de nuestros mejores compañeros, Lamela, Busiqui y Lebrijano fueron condenados a garrote. Otros fueron enviados por toda la vida a Ceuta y Melilla, entre ellos Fermín Salvochea, condenado a doce años de presidio por participación en la «insurrección», bien que durante los sucesos de Jerez estuviese en la cárcel de Cádiz en la que se hallaba desde hacía un año y medio. Su sentencia fue fundamentada en la sospecha de que había incitado a la insurrección desde la cárcel.

IV

EL PERIODO TERRORISTA (1892-97)

Ahora se repiten los sucesos de Andalucía en Cataluña. El 24 de septiembre de 1893 el anarquista Paulino Pallás arrojó dos bombas en la Gran Vía de Barcelona contra el general Martínez Campos, al que hirió levemente, para vengar a los camaradas ajusticiados en Andalucía y para protestar contra las atrocidades de la soldadesca en Cuba y la reacción jesuítica en España.

Pallás no huyó, sino que arrojó su gorra al aire y gritó: «¡Viva la anarquía!». Por eso se atrajo la atención y fue arrestado.

Pallás fue condenado a muerte por el consejo de guerra. En el camino al lugar de la ejecución cantó el magnífico himno anarquista hasta el lugar:

«antes que esclavo prefiero morir»...

Cuando fue ordenado hacer fuego gritó aún con voz fuerte: «¡La venganza será terrible!»

Clericalismo y militarismo en Argentina

por Angel J. Capelletti

MILITARISMO y clericalismo, síntomas patológicos asociados y cuasi congénitos en la sociedad latinoamericana, se acentúan en los momentos de crisis política y económica. Como todos los síntomas patológicos, representan un desequilibrio en las funciones orgánicas y, en América latina constituyen la expresión del profundo temor de las clases dominantes ante todo cambio estructural.

En la Argentina presentan, por lo demás, particularidades genéticas especialmente interesantes.

El ejército argentino se organiza después de Caceres. La guerra del Paraguay y la conquista del Desierto impulsan su potencial y su disciplina. Sarmiento crea el Colegio militar y por primera vez aparecen en el país soldados profesionalmente formados, soldados con educación táctica y estratégica, soldados a la europea. En el último tercio del siglo XIX los oficiales argentinos, imbuídos en su mayoría del positivismo imperante en los círculos intelectuales, masones con frecuencia, como muchos de los principales hombres políticos, no disienten por lo común de la burguesía «progresista». Sin embargo, el hecho de que muchos de ellos hubieran recibido en pago de sus servicios (reales o imaginarios) en la conquista del Desierto, vastas extensiones de campo les van vinculando, como grupo, a los intereses y a la mentalidad del «estanciero», esto es, del terrateniente feudal de la pampa.

Cuando las organizaciones obreras, surgidas con la incipiente industrialización del país, desde la década del 80, inician una acción reivindicativa y potencialmente revolucionaria, el ejército permanece indiferente durante mucho tiempo.

Ya en la primera década del siglo, su actitud anti-obrera es notoria. La huelga de Vasena y la semana trágica lo embarcan en una abierta tarea de represión, junto a la policía «brava» y a los jóvenes «bien» de la Liga Patriótica. Sus víctimas preferidas son por entonces los dirigentes de la F.O.R.A. anarcocomunista (sobre todo, los extranjeros).

El surgimiento del fascismo en Italia encuentra pronto ecos entusiastas entre ciertos intelectuales tráfugas de la izquierda (como Lugones), entre muchos políticos conservadores, cansados del liberalismo (como Sánchez Sorondo), y entre no pocos oficiales, hartos de la legalidad democrática, blanduzca e impotente (como Uriburu). Poco más tarde, la versión española del fascismo los sume en megalomaniacos sueños imperiales y, al mismo tiempo, facilita ideológicamente su simbiosis con los grupos clericales y ultramontanos.

El temor de la revolución social, exacerbado a partir de 1918, por el hecho soviético, hace que la clase feudal (los estancieros) y la naciente clase industrial, vean en el ejército la única salvación posible para el país.

Los militares — y muy particularmente los oficiales pro-fascistas — configuran desde entonces para dichas clases (así como también para una parte de la pequeña burguesía desorientada y resentida) la imagen arquetípica de la honestidad (frente a la deshonestidad de los políticos liberales), de la seriedad (frente a la improvisación de los gobernantes civiles) y, sobre todo, del orden (frente a la subversión obrera y frente a la demagogia gubernamental de los radicales). El ejército pasa a ser, a los ojos de las clases dominantes, baluarte de la tradición nacional, dique frente al extranjerismo revolucionario, defensor innato de la civilización occidental y cristiana (o sea, de la familia patriarcal y de la propiedad privada). No resulta difícil ver entonces cómo la vinculación de los jefes y oficiales a los intereses de la clase feudal y la evolución de muchos de ellos desde el liberalismo y el positivismo hacia el fascismo y el falangismo por un lado, y la constante sollicitación de las clases dominantes por otro, engendraron, precisamente en la Argentina, el país cuyas instituciones políticas parecían más firmes, cuya conciencia social parecía más desarrollada y cuyo movimiento obrero era, sin duda, el más extendido y combativo, dentro de América latina, el más virulento y doctrinario de los militarismos. La «revolución» de 1930 fue su primer fruto político-social. El general Uriburu no consiguió, desde luego, restaurar el virreinato del Río de la Plata, pero sí asestar un golpe mortal contra el movimiento obrero y, en definitiva, también contra el espíritu civil. Desde entonces el ejército ha sido árbitro absoluto de la vida política del país. Los pocos civiles que a partir de 1930 gobernaron en Argentina, lo hicieron bajo la mirada despectivamente tolerante de los generales (Frondizi, Illia), cuando no cual simples mandaderos de los mismos (Guido).

Así como entre los guerreros argentinos del siglo XIX proliferaron las logias masónicas y liberales, así entre los militares del XX empezaron a multiplicarse las sociedades secretas de corte reaccionario, encaminadas al afianzamiento del *statu quo* y a la conquista del poder político. Dichas sociedades secretas (como el G.O.U. por ejemplo) se convirtieron en el instrumento más apto del golpismo y cada vez que de algún modo, siquiera fuese en forma indirecta, mediata y parcial, el pueblo pareció querer posesionarse de sus derechos

y hacer efectivas las conquistas que las propias leyes le garantizaban, las armas del ejército se volvieron contra él. En 1930, la agitación sindical, el populismo demagógico (pero populismo al fin) de Irigoyen, los intereses de los estancieros bonaerenses y de los frigoríficos ingleses, motivaron la «gloriosa» revolución del 6 de septiembre. En 1943 la «revolución» la hizo la urgencia por salvar al país de las garras de los comunistas (entre los cuales estaban, naturalmente, los embajadores de Roosevelt y de Churchill). En 1955 fue, ante todo, el temor a que una hipotética milicia obrera pudiera desplazar (refanda perspectiva) al ejército mismo y la inaudita pretensión de Perón de conducir la política educacional del país sin contar con la bendición del clero. En 1966 la infiltración comunista en las universidades, la imposibilidad de que algún candidato aceptable triunfara en las elecciones, la poco cortés (ya que no mal intencionada) política del gobierno radical frente a las compañías petroleras, fueron, entre otras similares, las causas de la revolución argentina por antonomasia.

La ideología militarista, que en la década del 20 surge vinculada al fascismo (en la hora de la espada), fue hasta 1945 una ideología minoritaria, feudal y burguesa, compartida por pequeños núcleos de intelectuales que, como Lugones, confundían los delirios seniles con los ímpetus de la adolescencia. Sin embargo, a partir de esa fecha y gracias al coronel Perón, comenzó a difundirse peligrosamente en el pueblo y entre la clase obrera. Afortunadamente el general Onganía ha vuelto (en éste como en otros muchos problemas) las cosas a su antiguo estado, y hoy son ya muy raros los obreros que esperan la salvación por los generales. Es claro que aún persiste la inverosímil fauna de los dirigentes participacionistas, pero éstos son ya caudillos sin huestes y, más aún, histriones sin público. Hoy en la Argentina son militaristas, ante todo, los propios militares, que se han autocondenado a una especie de endogamia espiritual; una buena parte del clero, preconiliar, filo-falangista, vestigio de los viejos jesuitas de Aragón; un sector importante de la clase terrateniente y de la burguesía nacional.

Por otra parte, conviene no desconocer el peligro de un neo-militarismo. Este fenómeno, como el del neo-racismo, está vinculado a las fluctuaciones de las jóvenes generaciones de la izquierda, que tienen muy presentes el papel del ejército en la revolución china, el fenómeno del nasserismo y del llamado socialismo árabe, etc.

El clericalismo tiene en la historia argentina una trayectoria paralela a la del militarismo. Ya desde los días de mayo uno de los bastiones de la causa goda fue el alto clero, con el obispo Lué a la cabeza, y la adhesión ultramontana a las estructuras eclesiásticas fue equivalente a la lucha anti-criolla y antinacional. Con el padre Castañeda se esbozó una organización política abiertamente clerical y la ilustración rivadaviana provocó por reacción el oscurantismo frailuno y los desplantes del «Despertador teo-filantropico y gauchi-político».

La tiranía de Rosas estuvo signada por una con-

fortable sumisión del clero porteño y nacional al «restaurador de las leyes». En «la ciudad pintada de rojo» los curas párrocos entronizaban su imagen mazorquera sobre el altar mayor, y las comunidades de monjas y de frailes rivalizaban en zalemas al señor de Palermo y a su hija Manuelita. Rosas era, para ellos, ante todo, el guardián de los valores tradicionales (como propiedad, autoridad y familia); el que castigaba con muerte infamante las aventuras de los curitas románticos y las Camila O'Gorman, aun cuando su propia vida privada discurría por los andurriales del incesto. Sólo los jesuitas — siempre más papistas que el papa — supieron enemistarse con esta nueva versión pampeana de los Católicos Reyes de Castilla.

En general, todos los adeptos del tirano eran clericales o, por lo menos, sentían un alto respeto por las instituciones eclesiásticas (lo cual no implica necesariamente que fueran creyentes o que profesaran una fe ortodoxa, como no la profesaba, sin duda, el propio Rosas, que en cierto sentido era un Maurras «avant la lettre»). Es claro que también entre los antiresistas los había clericales, pero lo cierto es que los únicos no-clericales (ya que no anticlericales) de la época estaban en las filas de los exiliados.

Rivadavia, «la última expresión práctica de lo que podría llamarse el Aufklärung argentino» como dice Coriolano Alberini, fue siempre el blanco preferido de los ultramontanos; Rosas, su antítesis, aunque atacado por el muy católico Estrada, recibió en conjunto la adhesión del clero y de los más ortodoxos entre los fieles militantes.

Sin embargo, fue recién después de la caída del tirano cuando se formaron en la Argentina los primeros grupos clericales propiamente dichos. El positivismo imperante en lo socio-político, en educación y en derecho, en literatura y en arte, no podía dejar de provocar una violenta reacción católica y clerical. Amadeo Jacques, Guillermo Rawson, Eduardo Wilde, Florentino Ameghino, José María Ramos Mejía, Paul Greussac y demás representantes del «espíritu positivo» se ven enfrentados por Fray Mamerto Esquiú, José María Estrada, Pedro Goyena, Félix Frías, Lamarca y otros.

En el parlamento (a propósito de la famosa ley 1920, sobre todo), en la prensa (con el surgimiento del periodismo católico confesional) y en la cátedra los clericales libran su batalla.

Facundo de Zubiría, en una obra publicada en París en 1860, atribuye todos los males sociales y políticos que padece la República Argentina al laicismo, dominante en la vida nacional desde la época de la independencia (1).

En la década del 80 se funda inclusive un partido católico, que aun cuando no logra entonces grandes éxitos electorales y aun cuando no tarda en desaparecer poco más tarde, es el germen oculto de otros varios grupos políticos y asociaciones ideológicas posteriores.

La influencia del liberalismo es, de todas maneras, tan grande entre 1880 y 1910, que se hace sen-

(1) Ricaurte Soler, «El positivismo argentino», Panamá, 1959, pág. 51.

tir (logias masónicas mediante) hasta en las filas del ejército y llega a producir, durante la presidencia de Roca, el único conflicto más o menos serio entre ejército y clero que registra la historia argentina.

Pero el clericalismo es una fuerza en auge. A partir de la primera guerra mundial sus acciones suben junto a la marea de la reacción antiliberal y antidemocrática, pero sobre todo en ancas de la marea antisocialista, que provoca la atemorizada burguesía.

Por un lado florecen los Círculos de Obreros Católicos; por otro, los movimientos antiproletarios, inspirados más o menos directamente por elementos clericales. Llegamos así a la Liga Patriótica y, un poco más adelante, al feliz maridaje del clericalismo y el fascismo.

En ningún país del mundo — salvo en España y Portugal — produjo tan óptimos frutos esta alianza. Ella permitió a los hijos idealistas de los estancieros, que hasta ayer derrochaban sus patrimonios en las «boîtes» de París, sentirse legítimos herederos de los cruzados en la lucha contra el ateísmo y la subversión social, y al mismo tiempo los convenció del derecho natural y divino que los asistía como latifundistas y como señores de los siervos de la gleba. No sólo les permitió dormir tranquilos sobre el sudor y la miseria del peonaje gaucho sino también regocijarse con la idea de que representaban al espíritu contra la materia. «Dieu et mon droit» (o sea, mi escapulario y mi estancia).

Los clericales, apoyados por el faccioso y fascista Uriburu, le apoyaron a su vez de buena gana.

Comenzó entonces una mascarada política de crucifijos y svásticas, en la cual los jóvenes admiradores de Mussolini y Santo Tomás de Aquino se dedicaron a hacer el inventario de los males del liberalismo, se burlaron de las instituciones democrática y, sobre todo, abominaron del socialismo, en nombre del orden, de la jerarquía y de los altos valores del espíritu.

Ante el poderoso ariete nazi-católico cayeron Inglaterra junto a Rusia, Estados Unidos junto a Francia. El paraíso se entreveía en Italia, en Alemania, y tal vez, en Japón.

Para gran regocijo de estos clérigo-fascistas criollos, Franco aplastó la República española y en su régimen beatamente totalitario, no pudieron menos de ver la imagen de la «ciudad de Dios».

La segunda guerra mundial agudizó en la Argentina el fascismo de los clericales y el clericalismo de los fascistas. Hubo — justo es decirlo — algunos militantes católicos y hasta algunos clérigos (como monseñor de Andrea), como el cura Agustín Elizalde, como el asuncionista Luchía Puig) que se pusieron de parte de los aliados y hasta se atrevieron a defender una democracia muy a lo Maritain.

Cuando se produjo el golpe de Estado de 1943, los ministerios y gobernaciones se poblaron de nacionalistas. Las universidades conocieron interventores como Genta, un Giordano Bruno al revés, que en vez de sufrir la hoguera quiso encenderla para todos quienes no pensaban como él. Mientras tanto, los fascistas perdieron la guerra. Surgió el pero-

nismo. En la medida en que este movimiento, promovido por un sector de la burguesía industrial; sustentado, sobre todo, en las masas de campesinos sin tierra, desplazados a la ciudad y convertidos en obreros por obra de la creciente industrialización, tenía una raíz fascista (Perón, agregado militar en Roma, era sin duda un admirador de Mussolini), los nazi-clericales le apoyaron mayoritariamente.

Aquél, al triunfar, pagó su apoyo electoral con la implantación de la enseñanza religiosa en la escuela pública, tradicionalmente laica. Sin embargo, cuando el mismo, arrastrado por la masa cuasi-proletaria, se dispuso a emprender, más allá de la demagogia inicial, algunos cambios un poco más profundos en lo socio-económico, se encontró en seguida enfrente a sus antiguos socios.

Llegó la ruptura con la Iglesia, la implantación del divorcio, la reimplantación del laicismo escolar, el esbozo de proyecto de milicias obreras, la quema de los templos metropolitanos.

El grupo clerical se declaró abierta y sangrientamente anti-peronista. Pese al apoyo de la C.G.T., de la California y de los adventistas del séptimo día, Perón cayó. Otra vez, con el general Lonardi, los nazi-clericales, ahora debidamente camuflados de demócratas cristianos, ocuparon puestos prominentes en el gobierno.

Aramburu los desplazó un tanto, pero Frondizi (ex abogado del Socorro Rojo Internacional) les abrió de nuevo las puertas del poder y les otorgó situaciones claves en educación y en relaciones exteriores.

Después del golpe de Estado que desplazó a este presidente «izquierdista» (y no precisamente por haber entregado el petróleo a los consorcios yanquis y las universidades a la Santa Sede Apostólica), el gobierno títere de Guido los instaló con derechos exclusivos en todos los puestos importantes.

Illia quiso prescindir un poco de ellos, en beneficio de sus antiguos comilitones, pero no lo logró del todo.

El último y el más desdichado de los motines militares, el que encaramó en el poder al general Onganía, declaró tácita pero claramente **conditio sine qua non** para aspirar a cualquier cargo importante, una impecable trayectoria nazi-clerical. Es claro que hoy todos estos ilustres personajes que ocupan los sillones ministeriales, los estrados de la judicatura y los rectorados de las universidades nacionales son ya decididamente «democráticos» y aun, si se quiere, socialcristianos.

No interesa que censuren los espectáculos y la prensa, que confisquen revistas y quemén libros; que cierren todos los medios de expresión pública para los disconformes, que discriminen la inmigración de los no-católicos, que encarcelen aún a los curas no clericales. Ellos siguen siendo «esencialmente» democráticos.

No importa que hambreen al pueblo, congelando los salarios, que persigan y encierren a los dirigentes obreros rebeldes, que masacren a los estudiantes, que legislen para los grandes trusts extranjeros.

Ellos siguen siendo «altamente» cristianos.

Este universo emocional

por **Campio Carpio**

A generosa iniciativa de Mercedes y Lone soy deudor del libro «Surco» con que me obsequia el distinguido Félix Martí Ibáñez. Es un volumen de quinientas páginas, en buena tipografía española que, por su título, dice bien poco. Pareciera producto de poética faena agrícola, trabajo de arado, mitad de la operación para la siembra, faltando no más que destripar los terrones, extirpar las malezas sueltas, arrojar la semilla y pasar la rastra, esperando el milagro de la fructificación. Sin embargo, puesto el volumen en la mesa de operaciones, al correr de su lectura iremos descubriendo un mundo pasado y otro que vamos construyendo, lentamente, con la paciencia de la naturaleza, partiendo de la nada, de ese falso e impreciso término que todavía sobrevive para empujarnos.

Este libro de Martí Ibáñez fue impreso por Aguilar, romántico editor si pueden encontrarse hoy, que se dejó arrastrar por el idealismo de servir a la cultura, combinando dos emociones bien dispares como, en otro orden, lo está consiguiendo Martí Ibáñez. De romanticismo hablamos para entrar en el terreno de las reales ilusiones utópicas. Aguilar, como editor, es un producto de sazonado idealismo, tal como escritor lo fue Panait Istrati. En el período de la contienda ibérica, Martí Ibáñez desempeñó un papel significativo en el seno de las Juventudes Libertarias. En este volumen renueva el diálogo con el mundo viviente de los seres humanos, en cuyo ámbito nos enfrentamos con el milagro de la creación.

Arrastrado por los entusiasmos juveniles, este médico español ha interpretado la necesidad de

orientar a los profesionales de la medicina, no totalmente al tecnicismo frío y desvinculado de las emociones. El mundo de la medicina no debe ser un sacrificio permanente para el estudioso, para el científico, cirujano o clínico. Si la ciencia médica entra en el campo enciclopédico, fuerza es que se auxilie al profesional, liberándolo de la carga que importa tanta responsabilidad de curar el cuerpo físico. Martí Ibáñez ha querido que el médico se identifique con el arte pictórico y literario en especial y la poesía, conciliando «arte y medicina, humanismo y tecnicismo, ciencia y conciencia, la visión realista del mundo médico con la visión romántica del poeta».

Para recalcar en este puerto, Martí Ibáñez ha realizado un viaje a través del mundo humano, del submundo del dolor físico y del inframundo histórico, integrado por «médicos, albañiles, pintores, campesinos, dependientes, banqueros, chóferes y bailarinas», cuya ocupación diaria es sumamente similar igual que el «resto de nuestras acciones de comer, amar, dormir y soñar». Extiéndese Martí Ibáñez en la enunciación de médicos literatos, poetas y lectores perdidos en la geografía terrestre del humanismo que llena las páginas de la constelación intelectual. Y desde Esculapio a nosotros va enumerando situaciones, circunstancias, momentos del irdecible dolor que embarga al hombre en su afán de saber y del herido y paciente prendido al débil hilo de la vida que el médico-hombre tiene en sus manos. En la enumeración, presenta Martí Ibáñez a figuras físicas y artísticas, donde dos hombres, médico y autor, se identifican con el dolor de sus pacientes y se esfuerzan por restituirles

a esa vida animal que, dentro de todo, es todavía digna de preservación.

Entra en el terreno de la conjetura filosófica, dialogando el médico literato con el clínico, con esas figuras universales del saber y del sentir que llenan nuestra historia, evadiéndose de las preocupaciones, o forzándose por liberarse de ellas. Esa turbamulta de elementos humanos que integran el plantel intelectual tiene cada uno un motivo de frustración, pero el grito de la palabra lo sujeta a la responsabilidad profesional. En todas las naciones civilizadas impera la misma inquietud, desde el antiguo Egipto, pasando por Grecia, el Renacimiento, hasta nosotros. Profesiones e industrias, de cualquier extremo del mundo, príncipes y vasallos, creadores animicos de imperios, todos caen arrodillados implorando la vida que pugna por precipitarlos al osario común. El médico, maestro o bachiller debe aplicar la terapéutica de las posibles circunstancias.

Desde la simple extracción dental por parte de herreros y barberos, hasta las amputaciones que se «hacían con cauterio, bisturi y sierra», cuánto dolor está sepultado en la historia del padecimiento humano. Sin embargo, «en vez de usar instrumentos candentes para hacer amputaciones y evitar las hemorragias, Daza Chacón usó ligaduras, haciendo la cura final con una mezcla de clara de huevo, sangre de dragón, bol arménico y acíbar. En las amputaciones de una mano a los ladrones, Daza Chacón estiraba la piel hacia arriba, ligando fuertemente el brazo; dibujaba la línea para el hachazo, cubría luego el tajo con la piel retraída y por él manualmente estirada, y cosía el muñón, metiéndolo en

seguida en el vientre de una gallina viva para evitar la hemorragia. Las galeras y su drama fueron el reverso del dolor del anverso de gloria de la España de Don Quijote», consigna Martí Ibáñez.

«Surco» es una reseña histórica de la evolución médica, desde los métodos anatómicos hasta la comprensión del mundo biológico que explicó muchos fenómenos para mitigar el dolor universal. Martí Ibáñez hace ese recorrido, no sólo en el ámbito de la medicina española, sino mundial, cuyos elementos fueron iguales de nación a nación. Ansioso el murido de la medicina y la cirugía por identificarse con cualquier procedimiento que importara un avance en la curación del paciente, se trasladaba de un país a otro, cuando alguien se destacaba del standard común. Amberes, Aranjuez, París, Padua han podido ser centros donde se enseñaba a curar. La edad media, con sus guerras hizo progresar la cirugía y traumatología. La humanidad no pudo desprenderse de ese aporte doloroso, del sufrimiento, prestando gratuitamente su cuerpo para los más lacerantes experimentos. Vista desde este ángulo, la sangre caliente y roja constituye el aporte más valioso de todos los tiempos para el progreso de las civilizaciones.

Martí Ibáñez enumera infinidad de maestros donde el «humanismo y la cultura adornaban la Medicina y le prestaban alas para volar alto por un cielo saturado de libertad». A medida que se acentuaba el progreso de la ciencia, descendía la profesión de los charlatanes, de la magia y la brujería que sirvieron de mortaja a la ignorancia. Con ese tupido velo se cubrieron paraísos de dolor, hasta que nuevas generaciones echaron abajo castillos de rufianes asalariados, matones y espadachines, pirámides de supercherías, así en el arte de curar como de pensar. La Revolución Francesa todavía está trabajando este capítulo de la historia; a ella le debemos cuarto sentinos y experimentamos de emociones universales que son comunes a nuestra especie.

Este libro de Martí Ibáñez ex-

tiéndose sobre el impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno. Y nos demuestra como el hombre del siglo comienza a elevarse sobre el horizonte intelectual por el tremendo valor de las teorías físicas que permiten encadenar el «paso de los astros a las ecuaciones elaboradas por un cerebro humano en la soledad de un laboratorio». El contacto con las ondas de radio, irradia horror al vacío; mas, el progreso no puede detenerse y preciso es rellenar el organismo con tejido conjuntivo. «En la vida moderna, la ciencia adquiere el carácter de viscera suprema». Hoy podemos comprenderlo, como que la «vida ha existido hace mil doscientos millones de años; el hombre ha existido desde hace un millón aproximadamente y ha usado su cerebro para crear progreso desde hace cincuenta mil años. Ha podido escribir sus pensamientos desde hace unos seis mil años y creado civilización desde unos cuatrocientos años. Pero solamente ha usado la ciencia como factor educativo de su vida desde unos trescientos años. Desde entonces, la misión de la ciencia ha sido hacer un inventario del universo para el ser humano, revelar el sistema de posibilidades disponibles y el modo de utilizarlas para su propio mejoramiento. Acaso ninguna otra ciencia como la física ha influido de modo tan profundo en el pensamiento humano», afirma Martí Ibáñez.

Al sentido filosófico de la teoría de la relatividad agrega Martí Ibáñez la psicodinámica del arte moderno. Las interrelaciones del pensamiento científico y artístico, el perfil psichistórico del arte moderno y la dinámica del arte abstracto, preocupan al autor, consignando que la «imagen humana del universo varía según las imágenes sensoriales y mentales que del universo se forma el hombre, gracias a sus lecturas y meditaciones. Durante miles de años el ser humano vivió con un esquema espacial en su mente. Cuando en estos últimos cincuenta años la física atómica destruyó los conceptos de ese universo, desintegrándolo en átomos, alteró su perfecta geometría». La des-

trucción de la imagen corporal del hombre como consecuencia de la nueva biología y psicología nos enfrentan a un nuevo progreso biológico.

«Hasta comienzos del siglo — agrega Martí Ibáñez — la anatomía era estática, solidificada, rígida, fija, y el ser humano estaba formado como un pequeño microcosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos en derredor suyo lo estaba a las leyes de la física. La nueva histología ultramicroscópica, desintegrando en elementos hasta hoy invisibles al ser humano, y las nuevas concepciones fisiológicas y dinámicas de la antes estática anatomía humana, dieron como resultado que la imagen corporal quedara también destrozada, deshecha, trasformada la ordenada concepción de antaño del organismo humano en una confusa imagen de elementos moleculares en perenne agitación y desconcierto».

El impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno y su reacción a la nueva ciencia son meditaciones profundas respecto del porvenir ante el temor de que el hombre pierda perennidad frente a sí mismo y al cosmos. En otro orden de ideas, extiéndose sobre el arte de Utrillo, el ermitaño en su jaula de oro; sobre Braque y Picasso en busca de su propio universo; sobre Modigliani, el artista que se «quemó como un cirio que arde y se consume en su llama para dar su luz».

Manteniendo el interés del lector en esas disquisiciones, Martí Ibáñez lleva por Florencia en aquel período tan pletórico de emociones que encuentra su epicentro en el año mil quinientos. Vamos en procura del maestro insigne que lo fuera Leonardo, por callejuelas, hosterías iluminadas por el genio explosivo que sepulta al medievo. Pasamos entre los recuerdos de los Borgia, Savonarola, el Verrochio, Chirlandajo, Masaccio, a la luz de la luna. Martí Ibáñez no se cansa de hablarnos emotivamente, con calor del levante y colorido ibérico, que vamos sorbiendo entre la baraúnda de fuerzas motrices

e ideas esquemáticas. Toda aquella omnisciencia imaginativa que traspone las compuertas del pasado y corre como un torrente fluvial por el alma del médico y del artista cobra aquí majestad en el detalle de la técnica y de las formas que habrían de concretarse en el gigante Miguel Angel.

Entrar por esa puerta del conocimiento histórico e identificarse con el ambiente de colores en profusión y de figuras representativas de la anatomía humana, trasluciendo la perfección de la naturaleza, equivale a dejarse arrastrar por la mística de la palabra, por el valor y tintineo de las viejas monedas de oro y la poesía de aquellas antiguas ciudades libres que en su trajinar fenecían frente a un vaso de vino, al hechizo de la brujería y contradiciendo las ideas de Galeno. Por ahí predicando Martí Ibáñez envuelto en su capa española, apresurado, por aquel mundo de chismorreos y con una idea justa en su cerebro buscando el tiempo que desde entonces habría de correr más veloz que la bala de cañón, que la luz, que el sonido y el gemido.

Martí Ibáñez, pese a su naturalización e identificación con las ideas del siglo XXI no ha podido desprenderse del arceastro castellano ni de las tonalidades y transparencias mediterráneas. Discutiendo los pensamientos de la era espacial y los fenómenos psíquicos provocados por el avance del progreso tecnológico, no ha logrado un beso de la mujer norteamericana, que admira en sus colorines, en su atuendo por agradar, en su cultura envasada y en ese vivir del vacío. No ha resistido las flaquezas de las Amazonas con pantalones ajustados, de busto exuberante, fumando tabaco perfumado y preocupadas por administrarse en hora justa el arsenal en barbitúricos que a su disposición ponen los hombres. Nada de extraño, a mi ver, que se rebele contra el varón, cor. bolsa de huesos con figura humana que la prostituye mentalmente y convierte en maniquí. Esa mujer moderna es un producto de la civilización del hombre, castrado por los precon-

ceptos del siglo, bestializado por el materialismo de llegar cuanto antes a un lugar que no encuentra, hacer fortuna es un golpe de azar, de contrabando, de asalto, hinchándose como un globo de hidrógeno cuando, por cualquiera de estos procedimientos comerciales adulterados, alcanza lo que denomina victoria. Ese hombre es el que adula, lastima y despedaza a la mujer, vistiéndola con atavíos prostibularios, envenenándola con las drogas de la cultura arrabalera, endiosándola como espantajo. Martí Ibáñez, en este ensayo medicoliterario nos identifica con una de las manifestaciones más desagradables de nuestra decadencia. El narcisismo de la mujer señala el desbordamiento de la civilización. Que el hombre descienda a la caverna en determinados periodos históricos como se ha comprobado en el caso de los campos de concentración, a palos se le ha enderezado y hasta parece que la lección le queda bien. Pero cuando ese animal obliga a la mujer a descender al fango, es que ya muy poco queda por salvar del desastre.

La contribución a la anatomía de los artistas del Renacimiento italiano importa en determinado momento una industria de voluntades que quieren saber. Son tantos, que la medicina observa con ojos del alma, ansiosa como está por adquirir el dominio pleno de la arquitectura humana. Es admirable esa faena, en que tantos rivalizaron, para lograr la belleza anatómica a través del dibujo. Hoy todo eso nos parece muy simple. El médico conoce uno a uno los músculos y tendones y sabe cómo alimentarlos. Camina por las circunvoluciones del cerebro con el conocimiento de las calles de su ciudad y rara vez se pierde. El drama de la vida en aquel entonces era distinto. Los investigadores constituyeron contingentes, pero lograron en cuatrocientos años ilustrar, con luces transparentes, el sueño que mitigaría el dolor, porque de aquel conocimiento se encontraron grandes soluciones al problema eterno.

Urdimbre y creación de un ensueño fueron símbolo de «MD»,

revista que Martí Ibáñez edita en Nueva York. Los motivos radicaban en conciliar la medicina con la sociedad y la humanidad, a través de una publicación regular de cultura médica y medicina cultural. La iniciativa provenía de lejos, de los tiempos de estudiante valenciano, encontrado entre las «todopoderosas» heramientas milenarias de la comunicación humana: la palabra y la imagen. Partiendo del tema vida, ambiente, situación, trabajo e ideas, la revista mencionada logró domar tigres, leones y jaguares, imponiéndose por la magia de las palabras que representan el saber.

«Surco» es un manantial de conocimientos encontrados que van formando un río y sobre cuyo relato navega este iberonauta, ya internándose en la selva de la ficción, ya retornando a la realidad donde el dolor se hizo carne y grita. Autores y libros aparecen frente a su monumento y tribunal, con algo de historia y tanta bondad, términos que nos recuerdan las tremendas inquietudes que asaltaron a los abuelos de la medicina como Esculapio, Hipócrates, Galeno, Vesalio, Paracelso, Harvey, Servet y tantos que siguieron aquella religión. Los recursos del médico hoy son distintos y múltiples. Un estudiante de primer año sabe más de medicina que aquéllos en su vida. El mundo es más ancho y el campo del conocimiento infinito. La anatomía, la biología, la endocrinología y la medicina han evolucionado hasta más allá de las constelaciones visibles al ojo humano, porque ya estamos preocupados en no cometer el error de infectar el vacío con gérmenes terrestres. Pero hay, no obstante, la palabra del hombre, el aliento humano, la confianza que inspira, procedimientos anticuados que pervivan desde la antigüedad en viaje al futuro.

Martí Ibáñez detiénese en la gran olvidada biografía de una idea y discurre a su modo por los caminos espinosos desde las religiones indúes hasta los médicos alejandrinos. La morfología y la endocrinología clínica lo llevan a la experimentación de

laboratorio donde se pierde entre glándulas y su metabolismo. Hormonas y fibras nerviosas alternan con el milagro terapéutico de la cortisona que dicen que hoy en medicina se habla y se escribe demasiado. Al contrario, creo que se debe hablar y escribir aún más, pero que se debe intentar hacerlo cada vez mejor, sólo cuando se tiene algo que decir y cuando ese algo puede estimular, informar, descubrir o confirmar alguna cosa que sirva a los demás.»

La corta vida del documento médico, agrega Martí Ibáñez, hace meditar. Una obra de arte es inmortal. «Los mármoles de Fidias, los lienzos del Greco, el Taj Mahal, los granitos del Estoril y las copas labradas de Benvenuto Cellini continuarán llenando de luz el alma de los hombres», pero un documento médico «tiene una vida muy corta». Exceptuando los textos galénicos, la sagrada trilogía que presidió durante quince siglos el saber médico mundial y algunas obras

de positivo valor que iluminaron el siglo pasado, «aparte de su valor histórico, todos ellos son documentos que no han resistido el paso del tiempo y el avance del progreso médico.»

Es preciso mejorar el arte de la comunicación mediante símbolos y metáforas, «para lograr un denominador común en la medicina que facilite su progreso al hacer que nos entendamos mejor los médicos e investigadores de todo el mundo. La mayor invención humana ha sido la de los símbolos, sonidos o signos escritos que representan cosas o ideas. Para resolverlos y hacer la necesaria decisión, el hombre usa esos símbolos como medio de evocar los problemas pasados, representar los presentes y anticipar los futuros. Pero los símbolos no son siempre exactos ni ciertos. Cada ser humano tiene una visión interior del mundo externo. La misión de la ciencia debe ser restaurar el verdadero valor y sentido de los símbolos teniendo en cuenta que la me-

táfora ha sido el ala de la ciencia.

El médico viajero, en butaca como Julio Verne, o caminante solitario y errabundo como Marco Polo en busca de Kublai Khan, levanta el arado, interrumpiendo el surco abierto por Martí Ibáñez. El cuerpo que está ahora en Nueva York y menos de veinte horas más tarde en París, Brasil, Hawai, El Cairo, Nairobi o Groenland, llega a su destino mucho antes que su mente, que tarda días en adaptarse a la nueva situación, lo que suscita nuevos problemas psicomáticos. Pero hoy día no sólo viaja el hombre sino también las epidemias, pero también la verdad sigue los caminos de la ciencia, la belleza o la mística. Cierto que el poder se alcanza por las sendas del dinero, de la política y de la guerra. Pero con un espíritu singular como Félix Martí Ibáñez, aun a través de los desierto, siempre resulta grato acompañar a viajeros porque se encaminan al futuro.

La vida y la muerte de las sociedades obedecen a un determinismo tan inflexible como la germinación de una semilla o la cristalización de una sal; de modo que si los sociólogos hubieran llegado a enunciar leyes semejantes a las formuladas por los astrónomos, ya podríamos anunciar las revoluciones como indicamos la fecha de un eclipse o de un plenilunio.

La bondad de una revolución estribaría en sacrificar el menor número de hombres, escogiendo los más culpables y más elevados: un cachetero en la cerviz del toro hace más que diez mil banderillas o mil alfileres en lomos y patas.

GONZALEZ PRADA

ELEGÍACOS Y
SUSPIRANTES

Los españoles del llanto

por T. CANO RUIZ

CUATRO reglas tiene la poética: lírica, épica, dramática y mixta. La elegía pertenece a las composiciones líricas. Versificación dedicada a melancólicos cuan tristes efectos. Esta colección de rimas tiene muchas excepciones. Aristóteles las explica como «imitación de la naturaleza». Platón las funda «en el entusiasmo». San Agustín — pese a sus estrecheces mentales — mételas «en la unidad, como todo lo bello». Para Bacón no pasa de «fábula». Santillana dice que «es fingimiento de cosas útiles cubiertas o veladas con muy fermosa cobertura». El duque de Rivas disputa que «poesía es pensar alto, sentir hondo y hablar claro». Entiende Narciso Campillo que «es la manifestación de la belleza por medio del lenguaje.»

Mas el gran Quevedo — nuestro Voltaire — tiene una «Aguja de navegar cultos» sobre violentas inversiones métricas, interpretaciones, transposiciones, hipérbator, adjudicación, disolución, repetición, retruécano, sinécdoque, paradoja, concesión, epifonema, perifrasis, ironía, apóstrofe, hipérbole, prosopopeya, etc. Ni que decir que sinalefas, diéresis, sinéresis, consonantes, serventesios, asonantes o disonantes al oído dejan de merecerle respeto por su amor personal a la música. Vates y musicuitos modernistas le merecerían su olímpico desdén.

El arte poética lo tenemos como preceptiva desde la antigüedad. Caldeos, asirios, babilónicos, iberos del Cáucaso o de la piel de toro, negros, cartagineses — desde Cartago a Kano — africanos, indios, asiáticos; todo ser humano lo ha musicalizado, ora para sus orejas o bien para fo-

nación tanto del ritmo como de su alma. Cancioneros y romanceros se pierden — como la bella Helena — en «la noche de los tiempos». Conozco el poema «Sha-Nameh», del persa Firdusi, rodeando al protagonista Rustem y su caballo Rakush de 130.000 versos.

Ovidio, amén de las «Metamorfosis» y su «Arte de amar», tiene un «Arte poética» de calidad. Es filósofo, humanista brillante e inspirado. Escribió también «Tristes» súplicas, muriendo desterrado en Tomi, sin ser oído por los Césares. Boileau — no el de Etienne, autor del «Libro de los oficios» para corporaciones laboriosas — brilla todo el siglo XVI con su «Arte poética». Hasta el siglo XVII dijose el «Siglo de Boileau». Sus «Sátiras», «Epístolas» y «Lutrin» fijan el ideal literario del clasicismo... Amigo fiel de Racine, Molière y... Horacio.

Nosotros no debemos quejarnos. A través de los ciclos bretón, carolingio y asiático contamos con el «Amadis de Gaula», de aquel Lanzarote mejor representado que en «Los doce pares de Francia». Mayestáticas divinidades crueles del ciclo asiático o firmamento bretón causan poco eco en los españoles arrianos y panteístas. Al yelmo y la lanza — que saben a hierro o acero ardiendo — luchadores de «punta en blanco» combaten en campos abiertos de la gleba. Destinados a vivir, no les hieren las flechas ni temer al ridículo de los «bien pensantes», que deja de romper las alas del genio y que da coraje máculo para proclamar o hacer la verdad «aunque el universo se venga abajo». Boileau mismo lo dirá: «*Qui de sa liberté forme tout son plaisir*» o «*rien n'est beau que le vrai*». El mis-

mo lo confiesa: «*Ami de la vertu plutôt que vertueux*», «*de travail, aux hommes nécessaire...*»

¿Cómo vivían en la gleba? ¿Cómo morían las poblaciones? Insalubridad por doquier. Oposición. Miseria. Embrutecimiento de bestias. Ni los valientes caballeros — Cifar, Palmerín, Arturo — ni sus carreras llegaban a las siervas aldeas. En el Estado llano de Iberia se exclamaban:

— Los amos lo cogen todo. — Hay demasiadas cargas. — Pesan mucho tantos tributos. — Nada nos queda de nuestros trabajos y sudores. — No tenemos qué comer.

Descubiertos los lamentadores, se les cortaba la lengua, les arrancaban los dientes, saltábanles los ojos o eran mutilados de pies y manos... Quedaban satisfechos si no les desollaban, desosaban, achicharraban.

Los españoles del Medievo creían con reminiscencias orientales, unas que surgen de lo telúrico-nativo, otras sembradas por las migraciones o llegadas de otras razas. «Somos» adaptables, expansivos, pasionales, impetuosos, improvisadores de furia... «Pur sang» a lo Bayardo, «serrer ceinture» o «coups de Jarnac». Mas gozamos del culto a la belleza de los griegos, el orgullo de los romanos conquistadores, la fantasía de los árabes que impresionaron imaginaciones durante siete siglos y que nos civilizaron.

En este misticismo y en esta voluptuosidad febril de sexos y labores, la Edad Media fue una era insular de tierra y ganado. Después vino lo comercial e industrial. Inventos, pocos, pero romances, infinitos... Históricos, fronterizos, moriscos, vulgares, satíricos, amatorios, alegóricos, caballerescos...

La Reconquista (711-1492) hizo-nos belicosísimamente guerreros y místicos. Esto sirvió para echar la base institucional española. Ordenes religiosas y militares se declaran rectoras del país. El «Descubrimiento» permitía a estas clases rectoras un quinto de las explotaciones y tesoros del Eldorado. Ignoraban la ciencia económica, pero ¿qué importa? Con la disminución de estos metales sobrevino el «Finis Hispania» (siglo XVIII).

Raza, lengua y literatura se forman en grupos étnicos peninsulares. Unamuno proclama: «La fuerza de expansión del idioma es lo más potente y dinámico de los pueblos. En vez de la Fiesta de la Raza (12 de octubre), debe hacerse la Fiesta de la Lengua.» Hemos «castellanizado» 200 millones de personas, repartidas por América, Oceanía, África, Oriente, Europa. Sin contar los muertos. El «castellano» o la «castellana» invade ambos hemisferios.

El pensamiento literario puede ser conservador o novador. Incluso la propia gramática, filología, semántica, morfo-sintaxis y etimología antropomórfica. Pero es la poesía la primera expresión del hablar, pensar y sentir literario. ¡Alma, lírica y épica del hombre, de los pueblos! Si aparece narrativa, canta gestas, domina mitologías, religiones, nacionalidades, entonces es cósmica. Verbi gracia los cantares sánscritos, hebreos, galos, ibéricos, eslavos, etc.

El «Arte de la guerra» — Tito Livio, Nicolás Maquiavelo — todo lo bastardea o suprime. Columela—español «romanizado»—funda la economía agraria y condena las guerras. Sostiene que no deben tenerse más tierras que las que pueden cultivarse con recursos propios». Vaticinó el fin de la Roma cesárea. Fue la antítesis de Cicerón. El latifundio llega a trabar el progreso. Mas tuvo la defensa de los señores feudales, monasterios, monarcas, espadones lucrativos. Romanos y godos se reparten España «manu militare». Los nobles hacen la absoluta propiedad de todo el patrimonio nacional después de la Reconquista. Teólogos, juristas y vates dan «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»,

pero nadie menciona la justicia distributiva para el pueblo.

La Fe no iba con la Razón. Maimónides podía lanzar a tantos rostros su «Guía de descarriados». Ya entonces se depuraba la impregnación de los sentimientos morales, de los graves pensamientos verdaderos, de las conductas **fementidamente** caballerescas y nada hidalgas. Los católicos querían pulverizar lo mismo que les daba su mística: el saber y sabor nestoriano que invadía todos los órdenes de la vida española. Esa casta se alza con los defectos del paganismo: enemiga de reformas, de la distribución del trabajo, de liberar esclavos, de la letra impresa, del libre arbitrio y de todo lo demás. Yaciendo en el parasitismo y su culto, los reinos de taifas hicieron de ella — de toda la nación — su agosto.

¿Dónde quedaban los juglares del embrionario, incipiente «Dios, patria y dama»? Justas, torneos, certámenes de osados aedas con «Son mis amores reales». Quevedo descubre estos secretos de alcoba, esos «intereses reales» cuando Villamediana — gran número, egregio romancista — cae muerto con su banda bordada en oro fino:

El matador fue Bellido,
y el impulso soberano.

Quiero hablar de Pacheco — apellido de mis lares —, ese Villena de la filosofía e historia. Maestro de Fernán Pérez de Guzmán, jefe de escuela alegórica, hispanismo, italianizante, afrancesado... Es decir, universal. En «Arte Cícoria» muestra su anatomía, fisonomía, metafísica. Su yo es el primer «Tratado de poética» escrito en España. Un mago, cuyas obras y mejor, por no decir única, biblioteca de un español. Fueron quemadas por fray Barriento. Murió antes que le tostasen. Los monjes queman bibliotecas como la de Córdoba, y acusan a Omar de haber quemado la de Alejandría. Fernán- do el Santo no le fue a la zaga al turco. Es la «Gramática del Imperio» en Lebrija, que Valdés pone en solfa con su «Diálogo de la lengua», lo mismo que este otro Valdés del «Diálogo de Mer-

curio y Carón» o «Mar de Historias» del primer biógrafo Fernán- Pérez.

El Renacimiento, la Enciclopedia, las revoluciones inglesa, francesa y americana dieron «vientos de libertad» a España. Hasta tuvimos erasmistas, protestantes, luteranos... Y tuvimos tres escuelas simbólicas como la dantesca, gala, castellana. Pero ésta dividiase en otras tantas más: la de Aragón (hasta Levante y Murcia), la de Sevilla, la catalana, galaica, tan brillante anteriormente. La sensibilidad moral recorría grandes trechos.

La unidad nacional e inquisición, el apogeo militar — llamado «apogeo imperial» — obliga a que España sufra una existencia centrífuga desde los siglos XV al XVIII, viviendo, no para ella, sino por y para el exterior. Deleito Piñuelas ofrece densos agua-fuertes de prosa sobre los «reyes que se divierten». Mientras tanto, súbditos o ciudadanos se angustian, sufren, mueren, huyen como falanges de esclavos. En un coro de tragedia, Esquilo profiere a Agamenón: «Ya sé que los desterrados se alimentan de esperanzas. ¡Hinchate hollando la justicia, puesto que puedes!»

Nuestra condición de tales, desde el principio a un fin que no vislumbramos, pone el tapete en cuestión. Poetas de hoy se desgarran con cetros sobre el dolor de España. Boussoñ tiene «Graves poemas» y «Subida al amor». Esto me parece la caza de amor por altanería, imitando a Gil Vicente, Encina, Timoneda, Písdor, Narváez, Gregorio Silvestre, Venegas o San Juan de la Cruz. Puede cotejarse con el Roman-cero general de 1600 o en Lope de Vega: «Árbol de la égloga».

Veamos a Carlos en su «Dios sobre España»:

España toda cruje, ardiente y escabrosa, — Dios entero la oprime con su cuerpo de brasa.

En Ávila la muerta — como otra Brujas de cristal —, Santa Teresa diría lo mismo y más... La metonimia permite que eso sea advocación, invocación, evocación, protección divina a la vez. Potestad altísima, asimismo, de conderación. La elegía se meta-

morfosea en tono elegíaco o suspirante...

Uno cualquiera de nuestros pastores, con estro de Garcilaso, puede decirlo mejor:

Nunca pusieron fin al triste lloro los pastores...

El fuego canicular devora las campiñas. La vergüenza o vengencia desgarran los corazones. Para toda lacha, deshonra, cuenta la pobreza. Ilumina mi mente una nueva claridad. Me siento consternado, alarmado, desesperado, iracundo de un mal gesto, travieso, colérico, estrábigo mirar...

Cernuda ofrece «Díptico español», «Las rubes», «Elegías españolas» con «violetas». España, enemiga de la vida, existencia estúpida y cruel como su fiesta de los toros...

Triste sino nacer
con algún don ilustre
aquí...

La «poesía es comunicación», de Machado o Aleixandre, no irradia mucho más en este poeta de la «generación del 50». Juan de Yepes versifica muy bien con la hiel de lo sempiterno en el español y las «tumbas grises» o «bellas».

Hay formalismo en Rosales, Otero, Nora, Hierro, Celaya, Cremer. Vemos algo de intemperalismo. Cierta frigididad tienen sus musas. Lo social del bardo se les escapa: cánticos de vida en dimensiones históricas. Cantar al hombre o la mujer con fuegos de independencia, situándoles en su tiempo. Porque la irreversibilidad es lo que dibuja sociedades, momentos, problemas, determinismos, responsabilidades en ambientes responsables...

«El Correo de Madrid» — 22-1-1788 — enmienda la retórica sentimental de nuestros númenes:

Reyno infeliz, país desventurado, — horrible muladar, rincón del mundo. — Caos de lobreguez, seno profundo, — entre tinieblas siempre sepultado.

Cristina de Suecia ajusta bien el «caso»: «Hay gentes que dan un aire de rechazo». Y Chester-

ton: «El mundo moderno está rebosante de viejas virtudes cristianas que han devenido locuras». Demócrito — siempre llorando — puede enseñarnos, en nuestros días, su escuela del pesimismo: «Nihil novum sub sole». Moderación para ser felices... Prefiero al Heráclito del fuego como elemento primigenio de la materia superorgánica y «todo es nuevo, todo fluye». Esto nos hace más libres y más morales. Sin el «doppelgänger» u otro yo que es parte indescifrable, escondida del alma.

No existe ni un bardo allá que exclame: «¡Liberadme pronto de vuestra presencia!», ¡mis pretendidos delitos son vuestros crímenes!, ¡alquilan por pan!»

Ya Juan de la Encina se exclamaba: «¡Triste España sin ventura!» «La despedida», de Leandro Fernández de Moratín ofrece este tríptico:

Pero si así las leyes atropellas,
si para tí los méritos han sido
culpas, adiós, ingrata patria mía.

León Felipe — que entra en antologías clásico - modernas — rima:

Tú y yo y España
No somos más que polvo.

Divisa hispánica: destruir con hacha. Hostilidad cruel y oscura. Horra de respeto. Indigna de que el poeta regrese. Podemos disentir del polvo polvo. Benito Feijóo dice mejor: «El descuido de España lloro porque el descuido de España me duele». Unamuno se queja de que España le duele «en el cogollo del alma». Al de la Vega no le «podrán quitar el dolorido sentir, si antes ya del todo primero» no le «quitan el sentido». Ganivet se enfrenta con el «insigne mentecato» que cree que guía a los hombres, pues «no ha guiado más que cuerpos de hombres, pero no almas». José Hierro — de la postguerra — se reduce a esto:

¡Oh, España, qué triste pareces!

«Canto a España» donde él se siente «libre y feliz»:

Sin memoria, ni historia, ni edad, ni recuerdos, ni pena...

Acentos que no tienen ni admiración ortográfica o estilística. Miguel Hernández — el pastor-poeta del Segura — hace un escorzo asaz comprometido: Sali del llanto, me encontré en España.

Poetas y poesías no se examinan. Juan Ramón Jiménez vuelca toda su entre admirativa o peyorativa doble admiración gramatical: «¡Ay de mi España!». Es como el Job de:

En llanto se ha convertido mi cítara, — y mi órgano en voz de lloradores.

Melchor de Jovellanos puntualiza fuertemente en «Sátira a Arnesto»: «Fieros males de su patria... Gritos contra el desorden». Tiene que venir Keyserling para descubrirnos: «El español sólo sabe de la palabra cuando la palabra se hace carne». Y la poesía es palabra de nuestras carnes.

Gonzalo de Berceo lanza estas rimas cual palabras carnales:

Quiero fer una prosa
en román paladino
en el cual suele el pueblo
fablar a seu vecino.

Refugiarse en el limbo es «tomar partido». Dante lo toma por «La divina comedia» e infierno. Balzac tómalo en «La comedia humana» y esa Grandet incomparable. El poeta tiene asiento en su Parnaso o monte Ida, pero jamás en el Olimpo. Las licencias poéticas se parecen a la licencia eclesiástica... ¿A qué vienen los poetas del «pulvis, cinis, nihil»? Teología del ultramodernismo. San Juan fue más allá en el Apocalipsis, último libro del Nuevo Testamento. Los profetas dan lección a este nepotismo de «Modernistarum doctrinis», como Isaías: «Convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en rastillos. Una nación no desenvaina su espada contra otra nación; ni tampoco aprende lo que es la guerra».

Con Kant: «El paternalismo imperial (político o individual) es la peor de las tiranías... Una palabra se pronuncia y no se escribe. Importa poco que escribir sea una manera de hablar». Esto es

como un «khamssi»: viento que ejerce sobre el humor efectos violentos, influencias en nervios o funciones orgánicas. Conductividad eléctrica aumentando 20, 30 veces, dejándonos sujetos a su «réseau» por invisibles hilos «accrochés» al parasimpático por el flexo solar... Esclavos de glándulas y de vasos... Los «confesionalismos» — deístas o ateos — nos proclaman «reyes de la creación».

Keynes saca su conclusión: «La disminución de los medios de vida significa la muerte o hambre para muchos, pero los hombres no mueren en silencio. Lo que a unos da muda estupidez provoca en otros una irritabilidad de carácter o desesperación, pudiendo deshacer la actual sociedad...» Ahí tenemos el canto de Espronceda, poeta inimitable en su época ni por nadie después.

Figaro pregúntase: «¿ónde está España?» Y, a renglón seguido: «Aquí hace media España; murió de la otra media». No pudiendo soportarlo, se dio el pistoletazo romántico. Igual hizo el autor de «Diablo mundo». Lo mismo fue de Ganivet. Tres grandiosos poetas, pensadores hispánicos se hipnotizan por Goethe y su «Werther», «Verdad y ficción», «Afinidades electivas». Empero, Alberto Lista nos describe por la generalidad o por ello mismo:

Nación indefinible en quien el cielo — Fácil ingerio y abundante cría. — Y en débil alma intrépida osadía. — Un tiempo asombro, escarnio ya del suelo.

El belmontino Luis remata con un verso diamantino:

Y tú, España, segura — del mal y cautiverio que te espera... — España en breve tiempo es destruida.

Al unísono profetizan nuestros ingenios. Ved el gran Lope:

¡Ay dulce y cara España, — madrastra de tus hijos verdaderos, — y con piedad extraña — piadosa madre y huésped de extranjerios!

Federico tenía como lema «la luz del entendimiento que me hace ser comedido». «Razón comedida». «Imperio de la palabra como discurrido en las razones positivas de cada uno». Mejor kantiano no podía salir. ¡Ea!

¡Oh España, oh luna muerta sobre la piedra dura!
¡Oh blanco muro de España!

Sepulcros blanqueados de las Sagradas Escrituras. La metáfora llena las preceptivas literarias, a merced antitéticas y sin profundidad ni intenciones que rebasen el estetismo de la preciosidad poética. Preferimos a Larra padre: «La verdad impresa y propalada triunfa a fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y éste es el más bello triunfo posible». Aquí tenemos a Galdós: «Pasé por la vida llevado de la mano por la augusta verdad».

Machado — Antonio, no Manuel — es un esproncediano del canto viril en desolados paisajes de Castilla y campos «Por tierras de España»:

...un trozo del planeta — por donde cruza errante — la sombra de Caín... Aun larga patria espera — abrir el corvo arado sus besanías... — Hombres de España, ni el pasado ha muerto, — ni está el mañana (ni el ayer) escrito.

«El dios ibero» ilustra de sementeras, bardanas, el «mañana al infinito». «Mas otra España race...». «Surgir, brotar, toda una España empieza...».

Ya hay un español que quiere vivir y a vivir empieza...

Temática de «Las dos Españas» en Menéndez Pidal, la «Anti-España». Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén — no el habanero — generación del 27 en el destierro, que se erlaza con la del 98, con famas anteriores y que apenas si engárase con el 36-39. La sangre ha corrido. Crueldad predominante. La torre de marfil no cabe en los aljémesis de ensueños. Mas los Prado, Aparicio, Birute, Garfías — maestros y discípulos — no «toman partido ri por éstas». Neutros-sulci-

das. Juan Meléndez Valdés, en «Consejos y esperanzas de mi genio en los desastres de la patria», oda XXX:

Huiré veloz de esta llorosa tierra — A otra región más pura, — Do libre y lejos tan infanda guerra — Respire en paz segura. — Do quien incendios, crímenes, gemidos, — Sangre y muerte y horrores, — Y tigres miro, sin piedad ni oídos — Al ruego y los clamores.

Ritmo de su Oda XXVI en «Afectos y deseos de un español al volver a su patria»:

La llama asoladora — Igualando el palacio y la cabaña — Tus entrañas devora — Y en su implacable saña — En lloro y sangre tus provincias baña. — ¿Y tú el delirio alientas — Contra tí de tus gentes, y en su seno — Los odios alimentas, — Y de mortal veneno — Tu propio cáliz presentas lleno? — ¿Do vas, o qué pretendes? — ¿Qué furor te arrebató? ¡Cuánta hoguera — Ay, en tu estrago enciendes!

Marañón — padre, no el hijo — habla encendido del «cosmo de la patria». «Porque si hay algo capaz de sublimar el alma humana, es esta forma de sufrir la persecución de la justicia». «Cantos de combate», Núñez de Arce entona sus clamores por el terror de las atrocidades:

Como tigre feroz clavó sus garras — el catástrofe en tí, y en tus heridas — entrañas sacia su voraz instinto.

Volvamos a Ortega: «Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse».

Semejante noción, biológica y filosófica, la comunica Blas de Otero en su «Hija de Yago», muy poco del gusto para Argela Figueroa, Garcíasol, Leopoldo de Luis, Andúgar y Gerardo de Diego, a pesar de ser éste ya un maestro.

Aquí, proa de España, preñada en punta... — Madre y

maestra mía, triste espaciosa España.

Al poeta no se le analiza si repite a otros poetas y mucho menos cuando se siente salmantino o alumno — aunque ni lo sepa ni lo crea — de un tal Luis Grande... El Salmo XXIII dice: «Mismo cuando marchó por un valle de mortal sombra, yo no temo ningún mal, pues tú estás conmigo». La poetisa Rosalía de Castro tiene este aforismo: «El orgullo del ser que se resiste a ceder de su ser ni un átomo». Para Jules Renard «la clarté est la politesse de l'homme de lettres».

¿Estaremos ante el teradactilos o terror del primer hombre que llora? «¡Llorar es de hombres!» «¡Los hombres no lloran!» Contradicciones del genio, inclusive del «genio popular». Empero, los poetas no son antediluvianos con membranas entre los dedos, ni asustan ni pueden asustar con terroríficas a lo «perinde ac cadaver», como los muertos-vivos de ejercicios u obediencias...

A los que sueñan con dinero de la fama, Tagore les advierte: «Carecer de amor denota un grado de imbecilidad porque el amor es la perfección de la conciencia». «Parents terribles». «Enfants terribles». Unamuno lanza invectivas contra quienes «viven a la sombra» de la máquina humana o «infernál». «Romancero del destierro» (1927). Rabia de Fuerteventura a París.

Cementerio de vivientes,
cárcel de sueltos, España...
manicomio de sensatos
con cordura de alimaña,
sentido común que ahora
la mollera en su grasa.

Don Miguel ya se ocupa del «peor de los sentidos» en sus «Comentarios a la vida de Don Quijote y Sancho». Mas, en «Al volver» vuelca su «sentimiento

trágico», sin melodrama ni espanto diluviano:

Me vuelvo a ti, madre España,
clara, pobre y cejijunta,
que allí cuando el sol despunta
puede renovar mi entraña.

Hay un «A modo de esperanza», de Angel Valente, no compartida por los neutros de la poesía ni por los «enragés» victoriosos. Vedla:

Vine cuando la sangre
aún estaba en las puertas,
y pregunté por qué...

Este tono no es el de Concha Zardoya, Felipe Vivancos, Sordo, Torroella, Sahagún, Claudio Rodríguez, Quiroga, Quiñones, Beltrán, Pinillos, Salvador Pérez, Panero, Muñoz Roja, Mantero, Elvira Lacaci, Paterre, Biedma, Nieto, Narezo, Baena, Angela Figueroa, Domechina, Crespo, Cabanero, Cernuda, Celaya, Ronald, Basterra, Azcoaga, Arroita, Arce, Aparicio, Alcántara, Albi, Rejano, etc. Son «más prudentes». No aprendieron de Zorrilla de Sar Martín:

Velar se debe la vida,
de tal suerte,
que viva quede en la muerte.

La constelación poética actual es también «diferente» de Astorga, Arolonio, Aleixandre, Tob Sem, Cota, Caro, Boscán, Herrera, Alcázar, Villegas, Argensola, Pallarol, Cabestany, Auxias March, El Tudense, Lópe de Rueda, Mena, Baeza, Mendoza, Illana, Juan Manuel, Pérez de Ayala, Manrique, Haro, Moreto, Calderón, Barros, Cervantes, Montemayor, Espinel, Alemán, Castillejos, Cetina, Herrera, Góngora, Ercilla, Balbuera, Ojeda, Huerta, Quintana, Martínez de la Rosa, Saavedra, Campaamor, Bécquer, Villaespesa, Gabriel y Galán, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Zorrilla, los Quintero, etc. Sin men-

cionar la epopeya musulmana de tanto cantor en España.

Ninguno de ahora tiene «Castellanas», «Extremeñas» o «Campesinas». Nadie de hoy canta al «Pirata» o «Teresa». Está por ver otro canto «A la imprenta», «El delincuente», «Ocios de juventud», «Cartas marruecas», «Teatro crítico universal».

En fin, voy a descargar mi conciencia. Carecemos de un solo poeta parecido a Villon o Ronsard. En la prosa o novela pasamos el Pirineo, pero la poética francesa no ha logrado traspasar «los montes». A lo sumo, hace el «desprecio de Corte y alabanza de aldea». Y allí se queda. Torres y Villarroel tiene: «Pago que da el mundo a los poetas». ¿Quién ha cantado de nuevo «A España», después de la revolución», y con el estro de Manuel José Quintana? ¿Dónde están los modernos cánticos «A Torrijos» o Riego, tanto héroe y mártir de la Idea?

Salvador Jacinto Polo de Medina puede ser digno de la «Pleíade». Constituyó su «Pléyade», no en la cabeza del reino, sino en Murcia. Himnos, epigramas, las miserias de su tiempo están impresas en «Universidad de amor». La Academia los Anhelantes de Zaragoza, por reimprimirla, estuvo a dos dedos del Justicia, Virrey e Inquisición.

¿Ni «Iluminados» ni «Adoradores» entre góelfos y gibelinos o «neutrales»? Universalidad de estro. Grandezas argumentales. Dinamismo, proyección, gallardía estilística en admirables versificaciones. A los españoles hay que gritarles:

«—La libertad, amigo Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.»

PALABRAS Y FRASES

TERCERA SERIE

Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

ABOGADO

Para Gutiérrez Philips, la función de abogado se parece a una moscarda: siempre a la búsqueda de carne donde depositar su larva; o la de la polilla que vive royendo momificada entre unos papeles llamados Derecho romano.

Otro tipo es el que representaba el abogado Jové y su esposa Rosa, de Barcelona que dieron parte de sus ahorros para ayudar a los obreros a fundar una cooperativa del vidrio. Entre otras cosas dar el terreno gratuitamente a la cooperativa fue uno. Desde luego esto es gesto de hombre que nada tiene que ver con la abogacía ni las leyes.

Los atributos del abogado son muy otros; del alma de los abogados, de los hombres de derecho depende que la justicia sea justa o no. Las parcas y con ellas el fiscal de cualquier tribunal hacen fiesta cuando ante ellos se encuentra un abogado mediocre. Que así es de frágil y aleatoria la justicia humana.

Bakunin los cataloga así:

«Hay una categoría de gentes que si no creen en Dios fingen creer. Son todos los torturadores, todos los opresores y todos los explotadores de la humanidad. Prelados, monarcas, hombres de Estado, hombres de guerra, financieros, funcionarios, policías verdugos, capitalistas, *abogados*, etc. Todos admiten la opinión de Voltaire según la cual: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo.»

O bien, esta definición complementa de la primera: «Los abogados son para el Estado lo que los sacerdotes para la iglesia.»

Curioso oficio, desde luego es el del

abogado. Es el hombre por excelencia que jura respeto a la ley y está toda su vida estudiando 99 leyes para burlar, si la ocasión se presenta la centésima.

En España, por ejemplo hay una ley que prohíbe condenar a muerte a un menor de edad y durante 30 años los abogados han consentido que las autoridades franquistas, para no violar la ley conserven al niño en la cárcel hasta que es mayor para fusilarlo 24 horas después de serlo.

Y los abogados se han callado.

Proudhon opina con tristeza de la función de los abogados. No hay más que leer y estudiar «Qué es la propiedad».

Idem opina la muy estimada Pardo Bazán. En «La Peste» Camus tampoco reconoce en el abogado, en general, un papel muy decente. Y en «La Caída» hasta lo deja personificando la indecencia.

He conocido uno que además de fascista era estafador en grado superlativo. Tenía interés en que los obreros de su región provocasen disturbios antifranquistas para así salir él en su defensa y amontonar — con mucha honra — el dinero de los pobres.

Su familia reventaba de gozo cada vez que había detenciones de la oposición porque el abogado hinchaba su caja y su vanidad; y su esposa, haciendo de dama estropajosa también se agenciaba un trocito en el cielo.

En fin, para describir al abogado no es bastante esta breve crónica. Nos conformaremos con dejar constancia de su catadura.

ABOLIR

Abolir es una palabra muy corriente que en cualquier diccionario se encuentra bien definida, pero hay un aspecto que ofrece el uso de los vo-

cablos y es este aspecto el que nos induce a incluir en esta primera serie de «Palabras y frases» el de abolir.

Abolir, en los medios de la clase obrera se ha empleado sobre todo para definir dos ideas: abolición de la propiedad y abolición de las fronteras.

Las multitudes han creído que abolir estas dos cosas suponía la felicidad universal. Y lo han creído porque no han tenido en cuenta lo que ninguno de los teóricos de la abolición de la propiedad, ni Proudhon ni San Crisóstomo han cesado de decir, verbigracia: que la abolición no supondría de ninguna manera que era una especie de medicina para curar todos los males. Quizá no curara ninguno, lo dicen los mismos padres de la idea.

En cuanto a la abolición de las fronteras. Hoy vemos que van perdiendo la rigidez de antaño que poco a poco las mercancías las atraviesan libremente y ¿qué ocurre? que los mismos obreros del país ven en ello una concurrencia, motivo por el cual los obreros del textil protestan cuando ven atravesar la frontera ropas de un país vecino, los viñerones cuando ven que se vende vino extranjero, etc.

La abolición en su valor intrínseco no ha perdido un grado pero la idea que de la abolición se hacían los pueblos ha cambiado mucho.

ABOS Miguel

Militante confederal zaragozano muy activo durante el quinquenio que va del 30 al 35 y muy estimado en diferentes sindicatos de la Regional Aragonesa. Tomó una parte muy importante en los debates del Congreso C.N.T. de Zaragoza celebrado el año 1936.

Desde luego, en este congreso se pronunció, como representante de la

(1) El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.

clase trabajadora zaragozana para que los anarcosindicalistas votaran a las izquierdas en las elecciones políticas. No, decía, porque tengamos confianza alguna en los hombres de izquierda sino para evitar que triunfen las derechas y con su triunfo las represiones del bienio negro.

Dijo en el Congreso lo que ya había dicho en el mitin del «Iris Park» durante el periodo electoral.

Cuestiones escabrosas de Sociología que no nos compete zanjar aquí.

ABRAHAM

Patriarca bíblico un tanto extraño, casado con Sara la que pasados 80 años aun no le había dado progenitura. Inquietos porque sospechaban un castigo de Dios y a la mujer se le ocurre una idea: obtener hijos entre el marido y la criada llamada Agar. La sierva quedó embarazada y surgen celos hasta el punto que Agar tuvo que huir y buscar protección en otras hordas. Por indicación de Dios

vuelve y queda otra vez embarazada pariendo a Ismael, fundador de la religión propia conocida de los Ismaelitas.

Abraham tiene ya 99 años y, al fin Sara, su esposa, queda embarazada, da a luz un hijo que llaman Isaac lo cual le atemoriza tanto que obtiene de él se prepare el leñero en donde debía asarse vivo, según Abraham, porque así lo mandaba Dios.

Un arrepentimiento de última hora evitó el infanticidio.



POETAS DE AYER Y DE HOY

ME DESTIERRO

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo;
buscadme cuando me pierdo
en el yermo de la historia.

Que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo;
me voy, pues; me voy al yermo
donde la muerte se olvida.

Y os llevo conmigo, hermanos,
para poblar mi desierto;
cuando me creais más muerto
retemblaré en vuestras manos.

Aquí os dejo mi alma — libro,
hombre — mundo verdadero;
cuando vibre todo entero
soy yo, lector, que en tí vibro.

Miguel de UNAMUNO

Cancionero 828.

Frente al mañana

Cadáveres de imperios y falsos pedestales
sorprenderá la aurora con venturoso brillo,
cuando el taller entone los himnos del martillo:
¡no en bien de los tiranos, sino contra sus males!

Sombras de religiones, fantasmas ancestrales,
serán como las ruinas de un trágico castillo...
¡Y el hombre, con la Ciencia, por único caudillo,
sin dioses, ni fronteras, ni leyes, ni jornales!

Las fuentes de la vida prodigarán sus aguas.
Una estación de amores como una primavera
se encenderá en su vientre de maternos fraguas.

Y al bárbaro conjuro de las sufrientes proles,
ha de surgir el mundo de luz que nos espera
como una mar dormida bajo un millón de soles.

José de MATURANA

